

LA INVASIÓN DE LOS HIELOS

H. S. THELS

La invasión de los hielos

H. S. Thels

Espacio el Mundo Futuro/003

CAPÍTULO PRIMERO

El mecanismo de alarma emitió su característico sonido. Algo así como el vibrar de los élitros de un coleóptero en plena estación estival. Aquella "chicharra" no cesó de sonar hasta que Ryde desconectó, con un brusco gesto, la señal de alarma.
Gerald Ryde atravesó rápidamente el corto pasillo que separaba su habitación de la sala del "radar'”, abrió la puerta, clavando inmediatamente su mirada en el enorme círculo, surcado de cien radios, que ocupaba la totalidad del monumental muro que servía de fondo a la estancia.
Casi en seguida se percató de la existencia de una luminosidad que brillaba intensamente en la parte superior del círculo. Mecánicamente, como solía hacerlo siempre, conectó el gran círculo con un enorme mapa en plástico, que se extendía a su izquierda, logrando inmediatamente que la señal que acababa de captar el “radar” se convirtiese en otro punto luminoso cerca de las costas de la isla de Hokkaido.
La fuerza de la costumbre le empujó a realizar lo que para él era ya un fastidioso habito. Tomando asiento ante una pequeña mesa, sobre la que yacía abierto el Libro Diario, anotó la observación que acababa de hacer.
"Hoy, día 11 de septiembre de 1980 -consultó su reloj de pulsera-, a las seis y cuarto de la mañana, se hace visible una señal luminosa de gran debilidad, en el azimut 288 que, pasado a la carta, se traduce en un punto próximo al paralelo 44, cerca de la ciudad japonesa de Rurumop..."
Se levantó y volvió a aproximarse al círculo en el que la luminosidad recientemente observada había aumentado algo de tamaño.
El teniente Ryde, jefe del observatorio de la U. S. Army en la isla japonesa de Okushirish, lanzó un sonoro suspiro de fastidio. Luego, extrayendo un cigarrillo de su paquete de "Camel”, lo encendió sin prisa. Una sensación de cansancio se veía claramente en su rostro. Después de seis meses de servicio ininterrumpido en aquella aburrida isla, olvidada de todos y para todos, Gerald empezaba a sentir la

acción demoledora de un tedio que se iba insinuando cada vez más profundamente en su alma.
Cada día y cada noche la señal de alarma sonaba cientos de veces para hacer saber al teniente Ryde que tal avión de reconocimiento o cual aparato comercial surcaba el espacio de la zona de influencia del Japón controlada, desde 1945, por las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de América.
Aplastando lo que quedaba de su cigarrillo sobre el negro cenicero de mármol que había sobre su mesa, Ryde se dispuso una vez más a comprobar la excelente marcha del "tele-radar".
Desde hacía dos años, fecha en que salió a la luz tal invento americano, las autoridades estadounidenses habían ordenado la fabricación en serie y enviado miles de aparatos a todas las bases establecidas por los americanos en las cinco partes del mundo.
Las excelencias del "tele-radar" eran ya sobradamente conocidas -según opinaba Gerald- para no fastidiar continuamente haciendo que los jefes de observatorio como el estuviesen obligados a recoger en microfilm las imágenes de todos los objetos señalados por el "radar".
De muy buena gana, Ryde se hubiese pasado de aquel monótono trabajo a no ser por el temor que otros observatorios tomasen la imagen y en el repaso semanal que hacía el Estado Mayor constase que él no la había filmado.
Apretó el botón de contacto, al tiempo que la pantalla, hasta entonces opaca, se fuese tornando paulatinamente más luminosa. En aquellos instantes, las potentes lamparas de rayos catódicos, dotadas de una sensibilidad extraordinaria y enfocadas automáticamente por el mecanismo del "radar", estaban captando la imagen del avión o los aviones que se acercaban a las costas de la isla Hokkaido.
Con un ojo distraído, Gerald siguió el movimiento de las líneas onduladas que, sobre la pantalla, iban traduciendo la acomodación de enfoque hasta que, finalmente, y con una nitidez maravillosa pudo ver los siete aviones que hendían raudamente el espacio.
- ¡Diablos!
La exclamación surgió involuntariamente de sus labios. Al mismo tiempo se acercó a la pantalla hasta colocar sus ojos a pocos centímetros de la brillante superficie vítrea.
¡No habla la menor duda! Aquellos aparatos que se acercaban velozmente a las costas japonesas no eran amigos. Si alguien hubiera podido creer lo contrario, las siete estrellas rojas de cinco puntas que ornaban los fuselajes de aquellos aparatos hubiesen disipado unánimamente todo posible error.
El teniente Ryde reconoció inmediatamente la clase de aparatos soviéticos que estaban cometiendo tan grave infracción de los derechos internacionales. ¡Aquello era una verdadera locura! No

creyendo a sus ojos, Gerald se mantenía con la nariz pegada a la pantalla, intentando "autoconvencerse" de que lo que estaba viendo era simplemente el natural producto de una alucinación.
Pronto hubo, no obstante, de convencerse de que el “tele-radar" no se había equivocado jamás y aquella vez menos que nunca. Los aparatos que ahora se veían con mayor claridad eran tan soviéticos como el mismo Kremlin y tan enemigos como el propio dictador de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, camarada Fedor Ivanssov.
¡Siete "Towarischs", el último modelo de la caza soviética, en todo semejantes a los "Atomic Flying", cazas atómicos de la U. S. Air Force, se aproximaban inminentemente de las costas amigas por un espacio aéreo que les estaba completamente vedado!
¿Con qué objeto?
Gerald no llegaba a vislumbrar la menor claridad en aquel espantoso problema. De todas formas no iba a ser él el encargado de resolverlo. Su misión acababa exactamente en el momento preciso en que hubiese comunicado la alarmante noticia.
Volvió a tomar asiento, tornándose esta vez hacia su izquierda. Alargó el brazo y se apoderó del pequeño micrófono que estaba colgado en un molde de plástico que le servía de percha. Después de apoyar el índice sobre el interruptor de corriente.
- “AquÍ estación “Jap-Oku...” - Aquí estación "Jap-Oku"... Una escuadrilla enemiga, formada por "Towarischs" ha sido captada por el "radar" a las seis y cuarto de la mañana del día de hoy. La formación contraria lleva rumbo Oeste-Este y se mueve por las cercanías del paralelo 44... Corto."
Aquí acabó la misión del teniente Gerald Ryde en lo que iba a ser un poco más tarde la tercera Guerra Mundial.

* * *

Aeródromo militar de Hakodate. Seis treinta y cinco de la mañana del 11 de septiembre de 1980.
Desenfundados a toda velocidad de la capa de "superplex" que les recubría totalmente, los cazas de la 116 escuadrilla de "Atomic-Flying” estaban dispuestos para rasgar el aire a una velocidad tres veces mayor que la del sonido. Los mecánicos echaban la última ojeada a las poderosas turbinas que nacían de un punto situado en la parte interior del fuselaje y en el que descansaba la "pila atómica", mecanismo generador de la terrible potencia que hacía que aquellos "Diablos del Espacio" alcanzasen la fantástica velocidad de cerca de cuatro mil kilómetros por hora.
Arthur Stoner, jefe de la 116 escuadrilla, seguido de la media docena de pilotos a sus ordenes, salió de la cantina del campo, dirigiéndose al

lugar en que los aparatos estaban ya dispuestos. Poco antes de llegar a aquella especie de flechas plateadas, sobre cuyos lomos se destacaba la estrella blanca de cinco puntas, Arthur se detuvo un instante y se volvió hacia los otros:
- Ya sabéis, muchachos -hablaba con cierta dificultad debido a la pastilla de "chewing-gum" que mascaba incesantemente-. Ya sabéis, muchachos -repitió-. Las órdenes son tajantes. Nada de florituras ni de mensajes románticos preguntando por el estado de salud de la familia del "boy" Ivanssov. En cuanto les echemos la vista encima... ¡paf! y a otra cosa.
Minutos más tarde, con un rugido terrible, los cazas surcaban a más de mil millas por hora la larguísima pista de despegue que necesitaban para volar. De los negros orificios de sus turbinas, las lívidas llamas azuladas, producto de la desintegración del uranio, dejaban en su pos unos extraños y fantasmagóricos "tracers".
- "Hello", aquí vuestro querido y amado capitán. Rumbo 7-6-4. Seguidme pegados a la cola de mi cacharro".
En el interior de cada "Atomic-Flying", el piloto iba acostado sobre el vientre para evitar las terribles fuerzas de la aceleración y centrífuga. Fuera de las maniobras de aterrizaje y de despegue, el resto era realizado mecánicamente por el cerebro electónico de que estaba dotado cada aparato.
A la vertiginosa velocidad en que se movían, los cazas atómicos y sus mecanismos escapaban al control humano de una manera casi definitiva. Sin embargo, un sistema especial, de una finura maravillosa, podía traducir una orden emitida por el hombre, calculando las posibilidades de realización y acomodando tal orden a las condiciones de un cierto momento dado.
Acababan apenas de despegar cuando los sistemas "radar" del aparato comunicaron al capitán Stoner la presencia de la escuadrilla enemiga, cincuenta millas al Oeste del lugar en que se encontraban. Cambiando velozmente de rumbo, los "Diablos del Espacio" se lanzaron hacia sus presas, mientras sus tripulantes apretaban fuertemente las mandibulas, disponiéndose a la lucha.
Las armas de los "Atomic-Flying" consistían simplemente en dos centenares de cohetes que, en total, constituían una descarga semejante a la de una andanada de un moderno buque de guerra. Los cohetes eran "teleguiados" y además caían rapidísimamente en la zona de atracción del objetivo, por lo que los aviones que los lanzaban debían desviarse rápidamente dé la ruta que llevaban en el preciso instante del lanzamiento.
Para Arthur Stoner, como para el resto de sus hombres, el enemigo no era más que unas cuantas luces en la negra pantalla del "radar". La visión que de los "Towarischs" tendrían se reduciría a una raplda

imagen en la que les sería imposible distinguir nada concreto.
Había sido muy dlfícil adaptar a los pilotos de los aviones de reacción de treinta años antes a las modernas técnicas, que hubieron de enseñar a las jóvenes generaciones que les sucedieron. Una vez logrado el atravesar la "barrera del sonido" durante la década que transcurrió de 1955 a 1965, se luchó denodadamente para conseguir vencer el nuevo obstáculo que se oponía a obtener mayores velocidades. La "barrera del calor" causó no pocas preocupaciones a los ingenieros aeronáuticos de aquellos tiempos, que hubieron de enfrentarse con un problema mucho mas peliagudo que el que constituyó la cuestión de la velocidad del sonido y las dificultades para superarla.
En efecto, llegados a una cierta velocidad, los aviones sufrían una serie de alteraciones tan graves que era imposible soñar con que algún día un ser vivo pudiese pilotar aquellos fantásticos bólidos. Los materiales más resistentes se licuaban al contacto con las partículas de aire que alcanzaban tremendas temperaturas por efectos de la fricción. Finalmente, una doble pared, por cuyo interior circulaba una solución química de gran potencia refrigeradora, resolvió definitivamente el problema con la condición implícita de que el piloto navegase en una especie de caja metálica, completamente separada de las paredes de la aeronave.
Desde aquel momento, las cifras de las velocidades conseguidas aumentaron constantemente. El espacio no guardaba para los hombres más que el misterio, que seria eterno, de cómo conseguir la velocidad de la luz.
Una vez que las imágenes en la pantalla televisora tomaron un característico color anaranjado, lo que indicaba que se hallaban ya al alcance de las armas, los labios de Stoner se movieron velozmente junto al micrófono.
- ¡Fuego!...
Rugiendo salvajemente, los cohetes brotaron del vientre de los aparatos, formando una especie de embudo que abarcaba, en su parte más ancha, una distancia considerable. Luego, mientras los americanos se elevaban, los proyectiles, atraídos por la masa que formaba la escuadrilla soviética, avanzaron a una velocidad que rayaba en los sesenta mil kilómetros por hora, chocando impetuosamente contra los aparatos rusos, que se disolvieron en el aire convertidos en una especie de tenue humareda gris que, dilatándose, se fue evaporando en la turbia luz del amanecer.
Arthur, que acababa de registrar las explosiones de los proyectiles, ordenó a la formación que girara hacia la izquierda para fotografiar el espacio en que, segundos antes, volaban los soviéticos.
De todas formas las cámaras de rayos infrarrojos habrían tomado automáticamente las señales “ópticas” de las destrucciones efectuadas

por los proyectiles.
El cielo estaba libre y limpio de aparatos enemigos y aquello hizo que el capitán “yankee” sonriese antes de dirigir la última alocución a sus muchachos.
- ¡Misión cumplida, "boys”! Regresamos al campo a toda velocidad. Hoy convido yo.
También para el capitán Arthur Stoner la misión de aquel nefasto día había terminado.

* * *

Sí; la misión de aquellos hombres había terminado. Cumplieron estrictamente con su deber y nada se les podía reprochar, Pero, a partir de aquellos instantes que se extendieron desde la señal percibida por el "radar" del teniente Ryde hasta el momento en que los cohetes destrozaron la escuadrilla soviética y el capitán Stoner ordenó el regreso al aeródromo militar de Hakodate, el mundo entero estuvo pendiente de cada segundo que destilaba inexorablemente el reloj.
Como desde la postguerra, en los años que siguieron al segundo conflicto mundial, la agonía de la humanidad, producida por la más diabólica invención del hombre moderno: LA GUERRA FRÍA, a partir de aquellos instantes en que la escuadrilla rusa fue destrozada por violación de las aguas territoriales de un país aliado de los USA, el miedo a la guerra hizo estremecer al mundo.

CAPÍTULO II

Bajo la mirada aprobatoria de los que se mantenían fuera del campo iluminado de aquella descomunal estancia, el camarada Tosenko tomó asiento en el sillón, forrado de un vistoso plástico de color amarillo y situado tras una enorme mesa cubierta de una lamina transparente que dejaba ver el dilatado mapa de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Aunque hacía ya bastantes años que los países llamados "satélites” habían dejado de serlo, para convertirse en "oblasts", dependientes de las ciudades Soviéticas más próximas a las antiguas fronteras, sobre aquel mapa los países que habían perdido la libertad estaban pintados de un color completamente distinto al que representaba la totalidad del territorio ruso. Medida de propaganda política sabiamente realizada para que los millones de personas que captaban diariamente la televisión moscovita pudiesen mostrarse satisfechos de la buena voluntad soviética.
El camarada Tosenko se apoyo ostensiblemente sobre la mesa y, forzándose, consiguió desfigurar su rostro con una extraña mueca que

debía ser su única manera de sonreír.
Potentes focos de luz se encendieron, iluminando intensamente a la archiconocida "vedette" de la televisión soviética, camarada Igor Tosenko. Éste, después de hacer una seña para que la cámara empezase a funcionar, tras carraspear para aclararse la voz, inició su programa:
"Aqui Radio-Televisión de Moscú. Como de costumbre, iniciamos nuestra emisión con una información de los hechos mas relevantes del día -hizo una corta pausa-. Hoy, 11 de septiembre de 1980, una escuadrilla de aviones de caza soviéticos, que sobrevolaban las aguas territoriales rusas, junto a la costa siberiana, ha sido alevosamente atacada por aviones al servicio del capitalismo, pereciendo en el criminal acto la totalidad de las heroicas tripulaciones soviéticas.
"Hasta ahora, durante un largo lapso de tiempo en el que la Humanidad ha disfrutado de paz gracias a la paciencia del pueblo ruso y de sus gobernantes, que hicieron caso omiso de las escandalosas violaciones y de los ataques terroristas de la aviación norteamericana contra pueblos desarmados y ciudades tranquilas, hemos consentido, por nuestro objetivo de salvaguardar la paz, una serie de intolerables acciones que han rebasado toda posibilidad de tolerancia con el ataque perpetrado esta mañana contra nuestros aviones.
"Ahora vamos a hacerles oír algunos trozos de música caucásica"

* * *

- ¡Inaudito!
Robert Sharpsein, después de lanzar aquella exclamación, no pudo por menos de dejarse arrebatar por una furia incontenible. Volviéndose hacia su mesa de despacho, comenzó a aporrearla haciendo saltar todo lo que había sobre ella. Papeles, plumas estilográficas, lapices, ceniceros y hasta el pequeño reloj dorado se mezclaron entre ellos en un verdadero caos.
Patty Crawford, su secretaria, le miro con los ojos desorbitados por el terror. Jamás había visto a su jefe excitado hasta tal punto. Todo lo contrario; si alguna fuerte virtud poseía Sharpstein era ésta la de una sangre fría que ningún acontecimiento ni contratiempo alcanzaba a destruir.
Y no era sólo para la muchacha, sino para muchos cientos de hombres esparcidos por las cinco partes del mundo y que formaban, todos juntos y con Robert a la cabeza, la más fantástica red de espionaje que había existido jamás.
¡El S.S.U.S.A.![1]
Aquella moderna y potente organización había conseguido que sus similares, tanto interiores como exteriores, desaparecieran por

completo para dejar el campo a los hombres que mandaba Robert Sharpstein, un hombre a quien otros muchos temían como si fuese para ellos la viva representación de la muerte.
El F.B.I., el C.I.A.; todo lo que alcanzó una celebridad merecida durante la primera mitad del siglo se había visto obligado a ceder el paso a la organización que mandaba Robert. En realidad, la prolongación, durante mas de treinta años, de la llamada "guerra fría", obligó a las autoridades estadounidenses a buscar una nueva, fórmula en su política exterior de carácter secreto. Así nació el S.S.U.S.A.
- ¡ES inaudito, inconcebible, absurdo! -la música del Cáucaso seguía dejándose oír en el "televisor"-. ¡Haga el favor de cerrar el aparato, miss Crawford!
Se paseaba por el despacho como una fiera enjaulada, barbotando frases incoherentes; escupiendo términos que afortunadamente eran inaudibles para su secretaria. Inopinadamente se volvió hacia ella.
- ¿No lo comprende usted? -inquirió con voz colérica-. ¡Hasta ahora hemos sido nosotros, los norteamericanos, los que han violado el espacio Soviético, y desde 1947 hemos tenido que perder aviones y tripulaciones, bajo los ataques de esos granujas! ¡Ahora resulta que son ellos los que sobrevuelan nuestras bases en el Japon y... bueno, mejor sera no decir lo que pensaba!
Se había quedado inmóvil, mirando un invisible punto en la pared. Ciertamente que estaba sometiendo a su cerebro a un trabajo agotador por la velocidad con que se obligaba a realizarlo.
- ¡Búsqueme a Taylor! -gritó repentinamente-. ¡Búsquemelo donde lo encuentre!... ¡Sea donde fuere!... ¡Que se presente aquí hoy mismo, aunque deba venir volando!
Ella maniobró en su "telefono-visor" y se puso en contacto con la Sección de Personal. Momentos más tarde, con los datos que acababan de proporcionarle, se dirigió a su jefe, que continuaba paseándose por el despacho, sin haber dejado de fruncir el ceño.
- Míster Taylor esta aquí, en Washington. Según me dicen, llegó ayer de Australia, a donde había ido, con permiso del Servicio, a ver a su hermana...
- ¡Todo eso no me importa! Lo que deseo es que Leo se presente a mí inmediatamente... ¿Me ha oído usted?... ¡INMEDIATAMENTE!...
El intenso cascabelear del teléfono cortó afortunadamente las duras frases que sin duda alguna iba a seguir pronunciando Robert. Por otra parte, Patty estaba completamente anonadada, pues era la primera vez que conocía aquella inaudita faceta de su jefe.
Con un gesto mecánico se apoderó del teléfono.
- Diga.
Escuchó atentamente durante algunos minutos. Entretanto, Robert continuaba su paseo a lo largo de la estancia.

Después de colgar, la muchacha se volvió tímidamente hacia su jefe.
- Es el Secretario de Estado, señor -empezó a decir-. Me acaba de comunicar que estará aquí dentro de algunos minutos.
- ¡Lo que faltaba! -exclamó el malhumorado Sharpstein-. Estos políticos creen que las cosas se arreglan en un tiempo en el que no hay bastante para fumarse un cigarrillo. ¡Sé de memoria lo que va a decirme; lo que va a indicarme y lo que va a exigir del Servicio!
Se quedo silenciosamente mirando al calendario. A través de los grandes ventanales que ocupaban tres de las cuatro paredes del despacho, la luz indecisa, que luchaba ya contra las sombras de la noche, le hizo aproximarse automáticamente y oprimir el conectador de la luz. Desde los lugares ocultos que ocupaban los tubos de "luz blanca", una luminosidad en todo semejante a la del Sol ahuyentó rápidamente las sombras que ya empezaban a ocupar el despacho.
Silenciosamente, sin osar levantar la mirada hacia su enfurruñado jefe, la secretaria intentaba establecer contacto con la Sección de Personal para garantizar la pronta llegada de Leo.
La puerta se abrió empujada por una mano voluntariosa, dejando paso a un hombre delgado, de alta estatura y con los cabellos de un color intensamente rojizo. El recién llegado se mantuvo unos instantes en el umbral antes de adelantarse hacia Robert que ya marchaba hacia el.
- Buenas tardes, míster Lipscomb.
Laurence Lipscomb, el Secretario de Estado del Gobierno de los Estados Unidos tenía cara de pocos amigos. Careciendo casi completamente de cejas, el fruncimiento de su ceño presentaba un aspecto verdaderamente extraño; algo así como si dos músculos carnosos ocupasen totalmente los arcos superciliares. Ante la forzada sonrisa que entreabría los labios de su interlocutor, Lipscomb mostró un gesto adusto y completamente cerrado.
- Ya supondrá -dijo el Secretario de Estado, tomando asiento en el propio sillón de Sharpstein- cuál es el motivo de mi visita -señaló a la oscura pantalla del aparato de televisión-. Supongo también que habrá. escuchado las manifestaciones rusas que acaban de televisar. Es fácil comprender que nuestro Gobierno no esta dispuesto a que se tergiversen los hechos de una manera tan absurda. Llevamos muchos años aguantando las impertinencias soviéticas en nombre de la paz. Ahora, como siempre, hemos de esperar a que aclaren definitivamente sus intenciones -miró fijamente a Robert-. ¿Cuáles son sus intenciones? Esto es lo que necesitamos saber cuanto antes. Esta misma noche, los gobiernos que están unidos a nosotros por algún pacto militar o de ayuda mutua recibirán instrucciones especiales para que se encuentren dispuestos a repeler cualquier ataque que se realice por el medio que sea -suspiró sonoramente-. Hace treinta años -prosiguió-, que no hemos cejado en organizar un cordón "sanitario”

alrededor del vasto Imperio de los Soviets. Creemos sinceramente que Europa y las naciones libres de Asia están suficientemente preparadas para resistir la primera fase de una "guerra relampago". Pero, por encima de todo, lo que nos interesa sobremanera es conocer cuales son las reales intenciones del Kremlin.
- Previendo nuestras necesidades -replicó Robert- he ordenado que nuestro mejor agente se presentase a mi esta misma noche.
- ¿De quién se trata?
- De Leo Taylor; uno de los hombres que se mezclaron en la creación de un gobierno polaco anticomunista. ¿Recuerda este asunto, verdad?
Lipscomb se quedó pensativo durante un corto espacio de tiempo.
- Ya recuerdo- dijo, al tiempo que afirmaba con calma-. Me parece excelente su elección, ¿Cuando podrá ponerse Taylor en marcha?
- Esta misma noche.
El Secretario de Estado se puso en pie con la clara intención de dar por acabada la visita. Dirigiéndose hacia la puerta, giró de talones, en el último instante.
- Recuerde, Sharpstein, que necesitamos aclaraciones muy de prisa. Cada momento que pasa puede sernos completa y definitivamente fatal. Adiós.
Robert se quedó algún tiempo mirando pensativamente a la puerta que acababa de cerrarse. Comprendía perfectamente el nerviosismo que se había apoderado de los dirigentes de los Estados Unidos y que se reflejaría inmediatamente en los del Mundo Occidental. La situación no podía ser mas delicada, ya que la oscura diplomacia soviética gustaba de manifestarse turbiamente sin que los occidentales pudiesen llegar, una sola vez, a adivinar lo que iban a hacer en Moscú.
- Míster Leo Taylor esta abajo, señor.
Robert le pareció que aquellas palabras que acababa de escuchar de los labios de su secretaria disipaban gran cantidad de la intensa niebla que se había instalado en su cerebro.
- ¡Ordene que suba! -exclamó vivamente.
Minutos mas tarde, la puerta del despacho volvía a abrirse, dejando paso a un hombre, de cabellos rublos y ojos azules que obligó a la pobre miss Crawford a emitir un profundo suspiro.
Leo Taylor acababa de cumplir algo más de treinta y cinco años. La cifra exacta no la conocían más que los empleados de los archivos secretos, así como una considerable cantidad de detalles mas que formaban parte de la compleja personalidad de la gente.
Media un metro ochenta y dos centímetros; pesaba cerca de los noventa kilos y en su atlético cuerpo había suficientes cicatrices para que Taylor no amase, de una especial manera, bañarse en alguna piscina pública, cosa que no hubiera podido hacer sin llamar poderosamente la atención.

Todos estos detalles y otros muchos más eran conocidos por su jefe que, en aquellos momentos y mientras estrechaba la mano de Leo, sopesaba las posibilidades que tendría aquel hombre para realizar la tremenda labor que iba a imponerle.
- ¿Quiere dejarnos, miss Crawford?
La platinada secretaria se levantó a disgusto. Luego, al dirigirse hacia la puerta del despacho, se fue lamentando internamente de una serie de cosas sobre las cuales habremos de guardar un respetuoso secreto.
- ¡Siéntate, viejo búho! -invitó alegremente Robert después de aplicar un golpe amistoso en la espalda del recién llegado. Luego, cuando hubo tomado asiento frente a Leo:- ¿Cómo has encontrado a esa hermanita?
- ¿Te refieres a la que acaba de salir?
- ¡No seas animal! Según me han informado, has estado en Australia visitando a tu hermana.
- En efecto. Hace apenas seis horas que he llegado a Washington. Por lo que se refiere a mi hermana. mucho mayor que yo, sigue luchando con sus propiedades y tiene la felicidad de no saber absolutamente nada de todo lo que sucede a diez kilómetros de su casa.
- ¡La envidio! -exclamó Robert guiñando el ojo.- Nosotros, por el contrario tenemos que estar metiendo las narices por todas partes para calmar a una serie de cotillas que no tienen más que una cosa agradable: que nos pagan.
Taylor había encendido el cigarrillo que acababa de ofrecerle su jefe y mientras lanzaba la primera bocanada de humo hacia el techo, iba considerando que el nuevo "encarguito" que le iba a proponer Sharpstein debía ser bastante escabroso cuando su jefe perdía el tiempo en prepararle. Definitivamente decidido a aclarar las cosas, rompió el silencio.
- ¿De qué se trata, "boss"?
Robert miro silenciosamente durante unos segundos la ígnea punta de su cigarrillo al que soplaba levemente. Después, sin levantar los ojos.
- ¿Has escuchado la radio? -inquirió.
- ¿Cuando?
- Alguna emisión de hoy.
Leo movió negativamente la cabeza.
- En verdad, no he tenido tiempo. Comprenderás que después de faltar dos meses de aquí... tenía algunas visitas que hacer.
- Comprendo -sonrió ligeramente; luego, tornando a ponerse serio-. Esta madrugada hemos derribado a una escuadrilla de "Towarisch".
- ¡QUÉ?
- Como lo oyes. Los rusos estaban ya sobrevolando territorio japonés y no ha habido más remedio que "echarles a pique".
- ¿Algún superviviente?

- Ninguno. Nuestros muchachos les sacudieron con toda su fuerza. Era lógico. ¿No te parece?
- ¡Estupendo! Yo hubiera hecho igual. Ya era hora de que no fuésemos nosotros los que caigamos en barrena. ¿Cuantos aviones nos han derribado los rojos?
- En este último ano, diez y seis. En lo que llevamos de 1980, siete.
Leo aplastó su cigarrillo sobre el cenicero con una intensidad demasiado grande, que sólo se explicaba por su estado de animo.
- Bueno... ¿y que?
Robert levantó los brazos en el aire como si clamase al cielo.
- ¡No te conozco, Taylor! Me preguntas tranquilamente, como si ni te dieses cuenta del "jaleo" que, va a salir de todo esto. Si los de enfrente lo toman demasiado en serio... es la guerra.
Guardaron silencio durante algunos instantes. Los dos se comprendían mutuamente y hubiesen sido capaces, al ser preguntados, de leer los pensamientos respectivos con la mayor facilidad del mundo.
- ¿Cuando me voy?
- Esta noche, Leo. Ha estado aquí Laurence Lipscomb.
- ¿El Secretario de Estado? Entonces comprendo perfectamente que esta vez vamos en serio. ¿Qué debo hacer?
- Voy a dar instrucciones ahora mismo para que un avión te lleve hasta el lugar de Rusia en que prefieras caer. Serás lanzado con un "Little-Boy". ¿Tienes algo que oponer?
- ¿Yo? -inquirió jovialmente Taylor-. ¡Nada en absoluto, amigo mio! Todo lo contrario; estoy deseando de desentumecer un poco mi cuerpo. No sé a punto cierto, si han sido las vacaciones o la vejez. Lo cierto es que he engordado.
- Ordene a Jasper que prepare todo lo necesario para un viaje, cuya destinación le sera dada la su tiempo. Que cargue hasta arriba los depósitos y que disponga de un "Little-Boy", para lanzamiento, ¿Entendido?
Colgó el micrófono en su diminuta percha de plástico, sacó nuevamente la pitillera y lanzó un cigarrillo, que Leo cogió en el aire, colocando otro entre sus labios.
- Estoy seguro de que no tendrás ninguna duda respecto a tu misión. Todo lo que queremos saber es lo que piensan hacer los rusos. Te darás cuenta de la prisa que tenemos por recibir noticias tuyas. Para ello, te dirigirás a la sastrería de Moscú que ya conoces. -Luego, sonriendo-: Ya sabes que tienes que cuidar mucho tu guardarropa, he oído que las moscovitas los prefieren rubios.
Taylor dirigió un amistoso golpe al rostro de su jefe y amigo, que éste paro con facilidad. Luego, sinceramente emocionados, se estrecharon la mano con una calurosa fuerza que era mas explícita que cualquier palabra.

* * *

Taladrando la noche, el enorme avión a reacción que acaba de despegar del aeropuerto de Washingto, avanzaba raudamente hacia el Este.
Inmediatamente de haber despegado de la gigantesca pista de cemento, el aparato había ascendido en flecha para conseguir una altura estratosférica. Las instrucciones que había recibido Jasper, el piloto que gozaba de más confianza dentro del Servicio Secreto, eran terminantes en cuanto a la necesidad absoluta de que el vuelo resultase completamente inaccesible a los métodos de investigación aérea de los soviets.
Sentando cómodamente en la cabina central del avión, Leo Taylor repasaba la documentación que su jefe le había entregado y que correspondía al de un ciudadano de la URSS, el cual podía pasar fácilmente todos los controles a los que la policía le obligase.
Pensando las posibilidades de acertar el primer golpe, debido a la urgencia con que en Washington necesitaban noticias, Taylor había calculado que el mejor lugar para el "“aterrizaje" serían los alrededores de Gorki, lugar que, aunque algo alejado de Moscú, venía siendo insistentemente señalado como punto de habitual reunión para los jefes del Ejército Rojo. Si, como Sharpstein temía, los rusos estaban dispuestos a desencadenar la tercera Guerra Mundial, él podría fácilmente percatarse de tal cosa en la ciudad que servía de punto de reunión a las autoridades militares soviéticas.
Cansado de forjar planes, que casi inmediatamente destruía, para volver a empezar de nuevo en la elaboración de otros, Leo se dejó caer en un sueño que era la reacción fisiológica normal de todo hombre que se va acercando a una situación de peligro.
Alguien le sacudía enérgicamente y tal acto le hizo abrir los ojos y contemplar la sonriente figura de Jasper, a quien conocía de larga fecha. El piloto, al comprobar que se había despertado, separó la mano de su hombro.
- Nos estamos acercando, Taylor -. Luego, en tono de excusa-: No sabes cuánto lamento el haberte interrumpido tus sueños. Estoy seguro de que se trata de algo muy bonito... y en traje de baño.
- ¡Lo has adivinado, truhán! -mintió Leo-. Lo peor es que llevaba un "bikini" del año de la nana.
- ¡Qué mala suerte! -suspiró el otro.
Desperezándose, Taylor ajustó sus vestidos y se preparó para introducirse en el aparato que le llevaría a tierra.
El "Little-Boy" era la imagen moderna de un antiguo aparato, utilizado por los japoneses en la segunda Guerra Mundial, que recibió el

nombre de "Baka" o "bomba volante". Dotado de un motor a reacción, la diferencia entre ambos era que el aparato norteamericano, naturalmente mucho más perfeccionado que el anterior, estaba dotado de unos reactores, colocados en sentido opuesto al normal y que servían para frenar el aparato y conseguir un aterrizaje suave que exigía una reducida extensión de terreno.
Utilizados para explotar contra objetivos enemigos, los "Baka", conducidos por pilotos suicidas, no poseían más que un motor a reacción impulsivo; entretanto que el "Little-Boy" era un instrumento que, suficientemente demostrado, había probado su absoluta superioridad sobre cualquier clase de paracaídas, por perfectos que éstos fuesen, ya que, además de la velocidad y seguridad del descenso, poseía un mecanismo "ahogarruidos" que hacia su marcha completamente silenciosa.
Taylor se introdujo en la cómoda cabina, toda forrada de cuero con guata, para amortiguar los golpes, y tras hacer un gesto amistoso destinado a Jasper que había abandonado su pilotaje para despedirse de su amigo, cerró él mismo la escotilla, esperando solamente el momento en que fuese lanzado.
Jasper, con una mano en la palanca que abriría las compuertas del avión, y la mirada fija en su cronógrafo, esperó a que la nerviosa aguja de su segundero llegase a la parte superior de la esfera. En aquel momento, hizo descender la palanca y el "Little-Boy" desapareció en la negrura del vacío...
Leo apretó el botón del mecanismo automático que pondría en marcha los reactores del diminuto aparato. Era necesario que la caída fuese totalmente brutal para que el pequeño avión escapase a la tracción que ejercía, por el aire que desplazaba, el gigantesco aparato del que se desprendía.
Una vez que el "Little-Boy" hubo adquirido velocidad suficiente, Taylor lo guió diestramente hacia una zona en la que con un poco de suerte no sería sorprendido por nadie. Se trataba de un extenso campo de labor que la proximidad del Estado Mayor había obligado la abandonar a los labradores que lo cultivaban. Leo, que había estado innumerables veces en Rusia, conocía el país como muchos de sus habitantes no lograrían conocerlo jamás.
El aterrizaje se efectuó magníficamente, gracias al dispositivo reactor de frenaje que paró la brutal caída que se hubiese producido debido a la velocidad que llevaba el aparato. Una vez fuera de éste, Taylor oprimió una pequeña palanca pintada de rojo y el "Little-Boy" ardió completamente en un fuego sin llama producido por la explosión de una sustancia química corrosiva que destruía el metal más solido.
Cuando se percató de que ya no quedaba nada del minúsculo avión y que, por lo tanto, el enemigo no podría jamás adivinar que allí había

aterrizado un espía contrario, Taylor, después de sacudirse la ceniza que había caído sobre su traje, se alejó decididamente hacia la lejana ciudad cuyo resplandor se veía desde aquel lugar.
Por primera vez, la jovialidad de su rostro había desaparecido por completo. El alegre Leo Taylor que departió amistosamente con su jefe y que se divertía mientras estaba preparando su peligrosa misión, había dejado el sitio a un nuevo personaje que llevaba impresa, sobre su rostro, la tristeza de todo aquel que habita al otro lado del "Telón de Acero".
Dotado de una tremenda habilidad que sabía adaptar su fisonomía al papel que estaba obligado a desempeñar, el agente secreto se esforzaba por borrar de su rostro todo aquello que para los siniestros miembros de la G. P. U., pudiese ser un claro indicio de la nacionalidad del hombre que caía bajo su penetrante mirada.
Cuando Taylor llegó a los suburbios de Gorki, en nada se diferenciaba ya de los cientos de personas que deambulaban por las amplias avenidas que conducian al centro de la ciudad.
La actividad de las calles y la gran cantidad de vehículos militares que las cruzaban en todas direcciones y a una velocidad de vértigo, llamó poderosamente la atención del americano. Era indudable que algo se fraguaba en aquel ambiente y la certeza de aquella sensación era algo tan patente como un olor o un sabor que percibiesen sus sentidos.
Muchos edificios, ostentando banderas especiales de Unidades del Ejército Rojo, estaban fuertemente custodiados por centinelas que se paseaban empuñando las metralletas pintadas en color mate.
Para Leo Taylor, acostumbrado a captar el sentido de las gentes y de las cosas, aquello no contenía el menor equívoco:
¡LA GUERRA ESTABA EN EL AIRE!

CAPÍTULO III

A trescientos metros bajo los cimientos de la ciudad de Gorki, en una especie de monstruosa caja de cemento, capaz de contener en su interior un edificio de veinte pisos, el Estado Mayor y el Gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas celebraban una magna reunión.
Aquel lugar, denominado en clave "G-Bathina", era el misterioso reducto desde donde se podía, con toda clase de seguridades, lanzar la terrible orden que desencadenase un nuevo conflicto mundial.
Dotada de toda clase de adelantos técnicos que habían logrado convertirla en un dechado de comodidad y de eficacia, la "G-Bathina" hervía en aquellos instantes de una extraordinaria actividad que hacía mucho tiempo no había conocido. Desde la última reunión plenaria,

en mayo de 1965, en que se dictó la orden de anexión de los falsamente llamados “países satélites", el inmenso Salón Rojo, de paredes construidas enteramente en mármol de dicho color, no había reunido más personalidades que en estos instantes en que, el comisario del Soviet Supremo, Camarada Farenski, terminaba su brillante alocución.
- Por todo lo que acabo de comunicar, creo que la posición de la Unión Soviética debe mantenerse en una expectativa cuidadosa, sin lanzarse a aventuras que podrían costarnos muy caras.
El aplauso casi unánime que coronó las palabras de Farenski quedo cortado, como si una colosal guadaña invisible hubiese segado bruscamente el espontáneo gesto de muchos de los presentes, al tropezar los ojos de éstos con los del hombre que ocupaba el sillón situado a la derecha del Dictador.
Éste, Ivanssov, una descomunal masa de grasa de la que destacaban dos ojos, de gran tamaño e intensamente negros, parecía pensar en algo alejado, con una mirada estúpida, su mano derecha posaba sobre el hombro del personaje que había hecho acallar la ovación con la que los presentes hubieran deseado premiar al orador...
El silencio embarazoso que siguió estaba cargado de siniestras amenazas. Para aquellos hombres, haber aplaudido en contra de la opinión de Sba Latimof constituía un error que podía costarles excesivamente caro. De todas maneras, el gesto que había abarcado una casi absoluta mayoría perdía por tal motivo toda la importancia que hubiese tenido un acto individual.
Latimof se levantó de su asiento apoyando sus huesudas manos sobre la mesa que tenía ante sí. Era un hombre alto, extraordinariamente alto, con un rostro alargado, de huesos pronunciados y ojuelos pequeños y brillantes. De perfil, era la calcada imagen de un zorro dibujado por cualquier ilustrador que hubiese deseado poner en su lápiz toda la astucia y maldad del animal que deseaba representar. De frente, un absoluto primer término estaba ocupado por su nariz aguileña, sus labios sobresalientes y carnosos sobre los que un asomo de bigote lacio y sucio contribuía a hacer más desagradable -si tal cosa hubiese sido posible- aquella fisonomía enteramente repulsiva.
Ni siquiera la ancha y alta frente expresaba una inteligencia poco común, ennoblecía en lo más mínimo su cabeza, encuadrada en una exagerada dolicocefalia.
- Hemos oído esta noche las opiniones de la mayoría de los aquí presentes. -Una mueca que mostró unos largos y amarillentos dientes quiso parecer una sonrisa-. Y he de señalar que todos los presentes son hombres que han logrado atravesar el estrecho tamiz de las mas fuertes "purgas” de nuestro país; hombres que han llegado a los mas altos puestos, a los lugares de mayor responsabilidad, en una noble

competencia de servir siempre y mejor. -Hizo una pausa durante la cual su huesuda mano hundió el dedo Índice entre sus labios para buscar quizá, un trozo de comida que había quedado entre sus dientes, resto del opíparo banquete que había precedido a la reunión-. Parece ser que estamos olvidando nuestra misión en el mundo; parece ser que ya no cuenta nada para nosotros la maravillosa potencia a que hemos llegado; parece ser, en fin, que tenemos miedo -alzó la voz hasta convertirla en una especie de aullido- ...¡MIEDO...! -Lanzó una risotada que, por sí misma ya era soez, agregando:- Sí, miedo de todos esos fantasmas que nos han rodeado hasta ahora y cuyo nombre es el de "potencia norteamericana". Yo no soy nadie para determinar lo que nuestra gran Rusia debe hacer. Éste -señaló la voluminosa presencia del Dictador- es el que ha de señalar nuestro camino con la misma certeza que lo ha hecho hasta ahora. ¡Para aquellos que tienen miedo y para los valientes, yo voy a preguntar al camarada Ivanssow qué sendero hemos de seguir!
Un silencio espeluznante siguió a sus palabras. Todas las miradas se clavaron en el obeso rostro del "Amo". Para dar más fuerza a la pregunta que, indirectamente, acababa de hacer, Latimof volvió a repetirla concretamente.
- ¿Paz o guerra?
Los gruesos labios del otro se movieron como si le costase pronunciar la palabra que había de decidir las próximas paginas de la Historia del mundo.
- ¡GUERRA!

* * *

Tres horas después., en el monumental despacho de Ivanossow, la totalidad de un equipo de sabios, seleccionados cuidadosamente entre los mejores hombres de ciencia rusos, esperaban, sentados humildemente en los lujosos sillones que su dueño y Señor por boca de su hombre de confianza, Latimof, expresase las órdenes oportunas para la realización de un misterioso plano, cuya finalidad ellos mismos desconocían y que había recibido el nombre de "OPERACIÓN BLANCURA".
- Hemos llegado a la conclusión -empezó a decir Sba- de que tenemos que poner en practica, lo antes posible, parte del plan que, aisladamente, han estudiado cada uno de ustedes.
Se acercó a uno de ellos cuyo mentón estaba ornado por una blanquecina barba.
- Profesor Tubanow, ¿esta a punto ese nuevo explosivo?
El interpelado se levantó prestamente.
- Las cien cápsulas están ya fabricadas -esbozó una sonrisa humilde y

servicial-. El "fosforohidrogenol" obtenido es el de la mejor calidad y reúne condiciones superiores a la misma bomba de hidrógeno. La unión de un fósforo pentavalente a átomos de hidrógeno inyectables, hace de este explosivo uno de los mas...

- ¡Basta! -la voz de Sba era cortante como un cuchillo-. No me importan nada las consideraciones científicas. Eso incumbe solamente a ustedes. Mis preguntas. tienen un inmediato objetivo concreto. ¿Es suficiente la cantidad de "fosforohidrogenol" para realizar la totalidad de la "Operación Blancura"?

- Sí, señor.

- Eso es lo que interesa. -Hizo una pausa breve, durante la cual se froto enérgicamente el mentón con la mano derecha-. ¿Seran suficientes quince aviones para el transporte total de los explosivos y los hombres?

- Completamente suficientes.

Latimof miro fijamente a otro de los profesores que, como los restantes, había permanecido en un completo silencio.

- Profesor Tokef, ¿cree usted que su procedimiento sera suficiente para que nuestra formación aérea atraviese, sin ser vista, la barrera de "radar” establecida en la Península Escandinava?

- Cincuenta aviones, cargados de virutas de aluminio radioactivo, precederán a los aviones encargados de desencadenar la "Operación Blancura”. La enorme nube de micelas (1) alumínicas cegará por completo las pantallas del "radar" enemigo. Como la ruta seguida por esta formación engañosa sera dirigida hacia el Mar del Norte, la barrera formada sera lo suficientemente amplia para que el contrario no pueda jamás presumir el verdadero objetivo del vuelo.

(1) Estado físico en el que las partículas (micelas) están formadas por agrupaciones de moléculas.

- Perfectamente. Veo con satisfacción que las órdenes han sido cumplidas tal y como se dieron. Diríjanse al aeropuerto y muy buena suerte.

Cuando los sabios hubieron salido, el siniestro Latimof pulso uno de los botones que formaban parte de un complejo cuadro que había sobre la mesa. Unos minutos más tarde se abría una puerta lateral dando paso a un verdadero gigante, de amplísimas espaldas y de rostro típicamente oriental.

- A tus órdenes, camarada Latimof.

- ¡Hola, Tupriek! ¿Cómo van esos preparativos?

- Terminados. El cargamento ha sido ordenado en los aviones que estarán bajo mi mando. Esa banda de locos profesores ira en el que ocupara el tercer lugar durante la marcha. La formación que nos servirá de escudo, esta preparada también. -Hizo una pausa y tras mirar fijamente al dictador, que con los ojos cerrados parecía

profundamente dormido, agregó en voz baja-: Vengo a despedirme,
Sba, después de echar una ojeada al poderoso zar de todas las Rusias, que seguía en brazos de Morfeo, se acercó al gigante.
- Ya conoces mis órdenes. Una vez que comprendas la manera de hacer estallar las cargas explosivas, te encargas de todo y me eliminas a esos sabelotodo que podrían creerse demasiado importantes por una cosa que ha tenido que ser ordenada a base de amenazas.
Se estrecharon las manos y Tupriek, no pudiendo evitar una mirada de desprecio hacia la obesa figura que había empezado a emitir sonoros ronquidos, dio media vuelta y desapareció poco después detrás de la puerta por la que había penetrado.

* * *

Miss Crawford respiraba ya de una manera dificultosa y un calambre intolerable le empezaba a correr a lo largo del brazo derecho. Había tenido que cambiar dos veces de pluma estilográfica y las cuartillas se amontonaban sobre su pequeña mesa en un desbarajuste formidable.
- De acuerdo.
Era la única contestación que podía permitirse dar ante la avalancha de comunicaciones que llovían sobre ella. De la Sección de Telecomunicación, los despachos urgentes que llegaban, desviados por los receptores del propio Pentágono, no la dejaban permanecer un solo momento inactiva.
- De acuerdo.
Contestaba mecánicamente, enfocando toda su atención en las comunicaciones que le iban llegando. Casi todas coincidían de una manera completa y de tal forma que la muchacha escribía ya más de memoria que poniendo los vocablos que iba escuchando.
Finalmente, cuando el último mensaje acabó y el aparato quedóse silencioso, Patty no dio crédito a sus sentidos, ya que el silencio fue para ella como algo desagradable y que llegó a hacerle daño.
Se incorporó, empezando a ordenar las notas para presentárselas a su superior. Se encontraba en este menester, cuando la puerta se abrió violentamente dejando paso a Robert.
- ¿Qué es todo eso?
- Son mensajes de nuestras estaciones europeas que acaban de llegar. Forman parte de un duplicado que viene del Pentágono.
- ¿Cuál es su contenido?
- Aproximadamente el mismo, mister Sharpstein. Todos coinciden en señalar el paso de múltiples señales aéreas por encima de Suecia y Noruega en dirección al Mar del Norte y las costas inglesas.
Sin escuchar una palabra mas, Robert se precipitó al teléfono que le unía por línea especial con el despacho del Secretario de Estado.

Instantes después el propio míster Lispcomb se encontraba al otro lado del hilo.
- Esperaba que me llamase, Robert. No me diga nada, comprendo perfectamente que su estado de ánimo tendrá mucho parecido con el que reina en el Gobierno. Sí, acabo de hablar con el Presidente. Todos nuestros aliados están en estado de alerta.
- Pero... ¿se sabe por fin lo que significan esas señales que ha recogido el "radar"?
- Todo esta completamente aclarado, se han recogido grandes cantidades de aluminio en estado coloidal. Se trata del conocido truco de "tapar” nuestra visión con el "radar” para realizar alguna maniobra que no podemos siquiera llegar a imaginar.
La voz de Sharsptein tembló un poco al plantear la pregunta que le ardía en la boca.
- Entonces... ¿ES LA GUERRA?
- ¡Nada de eso, amigo mío! Que unos cuantos aviones soviéticos sobrevuelen un territorio aliado, siendo rechazados como lo han sido con grandes pérdidas, no es una cosa que signifique la guerra, si nuestros enemigos no la empiezan. Estamos, eso es verdad, en una delicada situación en la que el conflicto puede estallar de un momento a otro. Pero no olvide usted nunca que deben ser ellos los que públicamente declaren la guerra.
- Comprendo -murmuró en voz baja Robert.
- ¿Hay noticias de nuestro amigo Taylor?
- Nada todavía, señor. La sastrería de Moscú no ha comunicado noticia alguna.
- Insista de todas formas. Necesitamos urgentemente saberlo que están fabricando detrás del "Telón de Acero”. La situación empieza a resultar insostenible. Bueno, no se olvide de llamarme en el momento que reciba noticias de su amigo Taylor. ¡Adiós!
- Adiós, señor -saludó el otro colgando.
Encendió un cigarrillo y se puso a observar, con una falsa curiosidad, las redondas volutas que hacía salir de sus labios y que, dilatándose, iban a difuminarse, después de partirse en trozos, sobre el fondo grisáceo del techo.
El interfono se puso a sonar a su lado. Dando a la clavija, Sharpstein acercó el rostro al altavoz.
- ¿Hello?
- Aquí Burquer, señor. Acabo de recibir un mensaje de la sastrería Pawlow.
- ¡Súbalo inmediatamente!
Luego, con una débil sonrisa en los labios, dio de nuevo a la clavija y cortó la comunicación.

* * *

Taylor no tardó en convencerse que la inusitada actividad que estaba observando en Gorki no encerraba nada bueno. En uno de los edificios, una especie de rascacielos que había sido construido recientemente -ya que no recordaba haberlo visto la última vez, que había estado allí- una guardia tremendamente densa, rodeaba los lujosos automóviles blindados aparcados junto la la gran escalinata que conducía a la puerta principal. Los soldados estaban armados de cortas metralletas, cuyas culatas huecas estaban formadas por un aro de acero, y la manera con que empuñaban las armas obligaba a los transeúntes a cruzar de acera, no sin lanzar una temerosa mirada al enorme edificio.

Sin parecer ocupado en nada concreto, Leo logró pasar varias veces por la acera de enfrente, intentando encontrar una explicación a lo que estaba viendo. Se daba cuenta de que su misión empezaría a ser fructífera si lograba introducirse en el rascacielos.

Había llegado el momento de lanzarse al agua y pasar a la acción sin dilación alguna.

Un comandante soviético, vestido con el uniforme negro de las fuerzas especiales, salía en aquel preciso instante del edificio. Después de contestar al saludo que le hacían los soldados de guardia, bajó la escalinata, mezclándose unos instantes mas tarde con el fluir intenso de los transeúntes.

Sin dudarlo un momento mas, Taylor se puso a seguirle lo mas disimuladamente posible, aunque en realidad no era necesario tomar demasiadas precauciones, ya que la circulación de peatones era intensa a aquellas horas del atardecer.

Gorki, ciudad privilegiada dentro de otras de la URSS, estaba ya alcanzando una cifra que rayaba con 500.000 de habitantes. Nuevas avenidas habían convertido el antiguo centro de lo que antes se llamaba Nijnin-Novgorod. Todo estaba profundamente modificado y la ciudad parecía haber sido llevada al auge que necesitaban las actividades y los proyectos que se estaban forjando en ella.

El comandante había abandonado la zona céntrlca de la ciudad y Leo, sin perderle de vista, la seguía ahora a través de las partes que no habían sufrido modernización alguna y cuyos edificios poseían aún la solemnidad de la época zarista.

La oscuridad se iba intensificando por momentos. Al mismo tiempo los lugares por lo que se movía el perseguido iban siendo ganados por las sombras que una iluminación mediocre no podía vencer completamente. Ya estaban completamente solos; el uno caminando en pos del otro. El comandante confiado y Leo moviéndose cada vez con más cuidado.

El americano apretó el paso. Luego, con un gesto que formaba parte de sus hábitos, adquiridos en el curso de su aventurera existencia, sacó el largo cuchillo que llevaba en una funda cosida a la parte delantera del pantalón.
...¡Schisssss...!
Fue como el zumbido de un insecto que se moviese velozmente en el espacio, huyendo de algún peligro. Luego, al cabo de una cortísima fracción de tiempo, un "¡Krachs!" espeluznante demostró que el arma había llegado a su objetivo.
El ruso abombo el torso como si desease, en aquel desesperado gesto, detener y expulsar la muerte que le había penetrado por la espalda. Luego, después de balancearse durante unos instantes, se inclinó brutalmente hacia adelante y cayó de bruces sobre los sucios adoquines que cubrían la calle.
A partir de aquel instante, los movimientos de Taylor se realizaron con una velocidad y una seguridad que demostraban su dominio de sí mismo. Arrastrando el cadáver del ruso hacía un lugar aún mas oscuro que el resto de la calle, lo despojó rápidamente de sus vestiduras. Luego, al vestirle con sus propias ropas, tuvo sumo cuidado en impedir que el
cuchillo, que había sacado de la espalda del soviet, manchase demasiado el negro uniforme del comandante.
Una vez terminada la macabra tarea, Leo se alejó de allí, disponiéndose a desarrollar la parte más peligrosa de su plan. En uno de los bares que bordeaban una de las inmensas avenidas de la ciudad, comió abundante, pues llevaba ya muchas horas sin probar bocado. Luego, mientras fumaba un cigarrillo, en una plácida sobremesa, que no hubiese extrañado a nadie respecto a su tranquilidad interior, sacó la cartera del muerto, para hacerse definitivamente cargo de su nueva personalidad.
- Me llamo Stravinoff; Serge Stravinoff. Soy comandante de Información de las tropas Usbegas acantonadas en los alrededores de Gorki.
Había hablado en voz baja, procurando que todos aquellos datos se quedasen fielmente grabados en su cerebro. La única cosa que le preocupaba era la nacionalidad usbega del hombre al que suplantaba. A pesar de hablar el ruso perfectamente, el agente secreto dominaba media docena de dialectos y lenguas del Imperio soviético. Pero, de usbego, tenía unas nociones demasiado elementales para poder arriesgarse excesivamente.
Tiró el cigarrillo, completamente consumido, alejando con un esfuerzo las negras ideas que durante unos instantes se habían posesionado de su mente. Después de todo, el no podía haber adivinado la raza y naturaleza de su víctima; lo mas importante -y era lo que se disponía a

hacer inmediatamente- era penetrar en aquel rascacielos hasta averiguar lo que allí se estaba tramando.
Salió del bar y, adoptando un ritmo de marcha adecuado a un militar que estuviese realizando un importante servicio, avanzó a través de calles y avenidas, demostrándose a si mismo que no llamaba absolutamente la atención de nadie.
Cuando llegó a la altura del rascacielos, cruzó decididamente la calzada y penetró en el interior después de dirigir un breve saludo a los centinelas que le presentaron armas.
El interior del edificio ofrecía una grandiosidad aún mayor que la que se obtenía en su observación exterior. Grandes patios, en cuya parte central se levantaban las estatuas de prohombres soviéticos. Anchas escalinatas de cebreado mármol; columnatas tremendas que parecían extraños bosques de árboles petrificados.
Perdido en aquel mare magnum, Leo tardó bastante tiempo en hacerse una composición del lugar sobre la dirección que debía tomar para no perder inútilmente el tiempo. Gracias a los letreros y flechas indicadoras, no tardó Taylor en descubrir que lo que él andaba buscando debía estar al final del trayecto de unos ascensores especiales que descendían hacia las profundidades de la tierra.
Tenía que jugarse el todo por el todo. Así, con un aire decidido, atravesó uno de los últimos patios y se introdujo en un ascensor cuyas puertas acababan de abrirse volcando sobre el pasillo a un nutrido grupo de militares.
Alguien se introdujo en el vehículo detrás del agente secreto. Nada mas que el ascensor se puso en marcha, el desconocido se dirigió a Leo:
- Tú debes ser Stravinoff. ¿No es así? -luego consultando su reloj de pulsera-: Llegas demasiado tarde. Seguramente habías olvidado que las instrucciones se daban dentro de dos minutos. Tenemos que darnos prisa... yo también me he retardo un poco.
Taylor prefirió no contestar y por toda respuesta sonrío lo más amistosamente posible al otro. Se extrañaba muchísimo de que aquel hombre no se hubiese percatado de la diferencia de rostro que había sufrido el comandante Stravinoff. Con los músculos en tensión, se dispuso a esperar la llegada de los acontecimientos.
Cuando el ascensor se detuvo, dejó educadamente el paso al que le había dirigido la palabra, y que era un coronel, colocándose a su izquierda mientras atravesaban un largo pasillo.
Mentalmente Leo había hecho un cálculo aproximado del tiempo que había tardado el ascensor en llegar hasta aquel punto y en relación con la velocidad del vehículo había llegado a una cifra demasiado impresionante. Todo aquello le iba demostrando la enorme importancia que había tomado Gorki, que se estaba convirtiendo en el

punto donde residía el cerebro director de Rusia.
Llegados a una especie de pequeño cinematógrafo, Leo tomo asiento junto a su misterioso acompañante. Acababan apenas de instalarse, cuando las luces de apagaron y en la enorme pantalla apareció la estancia en la que se encontraban las Autoridades supremas de los soviets.
- Constituye un motivo de orgullo para nosotros -decía Latimof, con sus ojos de rata extraordinariamente bri1lantes- comunicaros que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se considera a partir de este instante en estado de guerra con el mundo capitalista. Sin embargo, esta guerra no sera jamas declarada oficialmente... porque, sencillamente, se ganará. antes de ser declarada. Os toca a vosotros refrenar los impulsos de las magníficas tropas a vuestro mando sin que una sola palabra de lo que conocéis salga de vuestros labios. Esta guerra demostrara de una manera completamente definitiva que no es necesario que nuestros soldados derramen su preciosa sangre para que el enemigo se hinque de rodillas ante nosotros y pida clemencia. Quiero saludaros y deciros que el Gobierno soviético esta orgulloso de sus jefes y oficiales.
La pantalla se iluminó de nuevo y un murmullo de entusiasmo, contenido hasta entonces, brotó unánimemente de todas las gargantas. Leo, por no llamar la atención, fue uno de los mas expresivos.
Volviéndose hacia el coronel que continuaba mirándole insistentemente, el americano extendió su mano, ya que nada tenía que hacer allí y le corría una enorme prisa ponerse en comunicación con el sastre de Moscú.
- ¡A tus ordenes, camarada coronel!
El otro estrechó la mano que le tendía, sonriendo enigmáticamente.
- Nos veremos pronto, camarada Stravinoff...
Algo ardía dentro del pecho de Taylor. Era como una sensación de ahogo que le impedía respirar satisfactoriamente. Se estaba dando cuenta de que algo funcionaba mal en su proyecto, aunque realmente no podía decir qué.
Cuando, finalmente, se encontró fuera de aquel siniestro edificio en el que se estaba forjando el final de una era de paz que tantos sacrificios había costado, respiro con fruición el aire fresco de la noche. Inconscientemente apretó el paso como si alguien le siguiese. Luego, hasta llegó a volver la cabeza varias veces seguidas.
"¡Estás perdiendo puntos, Taylor!" -se dijo.
No pudo resistir las ganas de echar un trago antes de ocuparse de la comunicación que tenía pendiente. El "vodka” le produjo una agradable sensación de calor en todo el cuerpo y después del tercer vaso sintióse mucho mejor dispuesto que antes.
Salió del bar y se dirigió a una estación telegráfica alejada del centro

de la ciudad. Estaba seguro de que su uniforme impondría muchísimo más respeto en un servicio de suburbios que en la Central de Correos en la que estaban demasiado acostumbrados a ver oficiales de todas clases y en la que, además, la policía sería mas vigilante que en cualquier otro sitio.
El empleado, un vejete con gafas a la antigua, le miró con sorpresa y Leo leyó el temor retratado en los ojos de aquel hombre para quien el negro uniforme que llevaba el americano representaba siempre una amenaza latente.
- Quiero poner un telegrama para Moscú.
- ¿Qué dirección, por favor? -inquirió el hombre.
- Peter Tapahiev. Calle Stalin Kaia, número 13. Sastrería.
- ¿Tiene la amabilidad de dictarme el texto?
Leo meditó unos instantes. Luego, con voz un tanto tomada por la emoción.
"Terriblemente contrariado por tela último traje. Completa amenaza ruina total Stop. Espero urgente contestación."
El hombrecillo termino de teclear a máquina las palabras que le había dictado el oficial.
- Son tres rublos, señor.
Con el recibo en el bolsillo, Leo se sintió mucho más optimista. Ahora podía considerar que su labor había terminado de una manera brillante. El mensaje que el sastre recibiese seria inmediatamente transmitido a Alemania Occidental, por medio de un aparato que emitía en una longitud de onda especial y desde allí libremente expedido a las autoridades de los Estados Unidos.
Si Rusia quería la guerra, la tendría de una manera completa y sin que pudiese sorprender la buena fe de los occidentales.
Leo esbozo una sonrisa. Casi en el mismo instante presintió la existencia de alguien detrás de él.
Luego, antes de que pudiese realizar el menor movimiento, LA AFILADA HOJA DEL CUCHILLO SE CLAVÓ EN SU ESPALDA.

CAPÍTULO IV

El general O'Hara dejó el largo puntero, con el que había estado señalando en el mapa, sobre la mesa de su despacho. Luego, volviéndose hacia los hombres agrupados en la estancia que habían escuchado en medio de un silencio absoluto.
- Señores, todas nuestras fuerzas están ocupando las posiciones de cuya defensa están encargadas. No creo que, ante el despliegue que acabamos de realizar, el presunto enemigo lleve su locura hasta el punto de desencadenar una guerra que no ha declarado. Por otra

parte, los reconocimientos aéreos realizados, desde alturas estratosféricas y con cámaras de "radar”, no parecen demostrar que los rusos nos hayan precedido en la puesta en marcha de sus medios ofensivos -carraspeó sonoramente-. En mi opinión, el enemigo no se atreverá jamás a atravesar el "Telón de Acero”.
El murmullo que siguió a las palabras del general demostraba palpablemente el estado de nervios de los asistentes a aquella reunión.
La orden de poner en movimiento los inmensos efectivos del mundo occidental había llegado veinticuatro horas antes y los espíritus estaban aún bajo el efecto de la fuerte impresión que habían recibido.
Los dedos del general tamborilearon fuertemente sobre la mesa para llamar la atención y lograr un poco de silencio.
- Hemos establecido una argolla de acero alrededor del mundo soviético. Nunca seremos nosotros los que desencadenemos el primer ataque. A pesar de que nuestros contrarios se complacen en adjudicarnos, de una manera constante, el nombre de "belicistas”, deseamos que el mundo sepa quién es el culpable de que una tercera Guerra Mundial abrase a la pobre Humanidad. Ustedes -agregó, después de una breve pausa- se mantendrán en sus puestos sin dejar de permanecer con todos los sentidos en alerta. Por el momento, la orden que deben de cumplir es la de no proporcionar ninguna ocasión a los de enfrente que pueda interpretarse como una provocación que lleve consigo la ruptura de las hostilidades. Buenos días, señores.
Minutos mas tarde, el inmenso automóvil del general, precedido por una triple hilera de motoristas, idéntica a la que cerraba el paso, se dirigió a la residencia de O’Hara en Bruselas.
Se extraño mucho el general de ver un par de vehículos negros detenidos ante la puerta de su villa. Precipitadamente descendió, sintiendo una vaga inquietud en el espíritu.
Un cordón de policía norteamericana rodeaba totalmente el edificio. Al paso del general, los hombres se llevaron respetuosamente la mano derecha al borde de las viseras de sus gorras.
Comido de impaciencia, Edmund O’Hara atravesó el cordón de policía y subió precipitadamente la escalinata de mármol que separaba la entrada de la fina capa de yerba que cubría el jardín.
En el interior, un grueso capitán de la policía estaba rodeado de otros cuatro agentes. Frente a ellos, en un sillón alargado, se encontraban la esposa y la hija del general. Cerca de ellas, en una butaca, igualmente sentado, se hallaba un hombre completamente desconocido para O’Hara.
- A sus ordenes, mi general.
Era el capitán que se había acercado. En una postura rígida, esperaba que su superior le permitiese dejar aquella incómoda posición.
- Descanse... descanse, capitán -la voz de Edmund estaba velada por la

emoción. ¿Querrá explicarme lo que ha ocurrido?
- En seguida, mi general. Ese hombre -añadió señalando al desconocido, cuyo rostro estaba cubierto por una macabra palidez- penetro en la "villa” saltando la tapia posterior y burlando la vigilancia establecida. En este momento nos lo íbamos a llevar, pero su hija ha intervenido en su favor, rogando que esperaramos su llegada.
Mas tranquilizado, el general, después de dirigir una sonrisa a los suyos, se acercó al sillón que ocupaba el desconocido.
- ¿Quien es usted? ¿Qué desea? ¿Por que ha penetrado usted en mi casa de esa manera?
El hombre, un muchacho delgado y de cabellos rubios, elegantemente vestido, se había levantado al ver que el general se aproximaba a el.
- Comprendo que mí deber es contestar a todas esas lógicas preguntas, mi general -le echó una mirada al capitán de la policía-. Pero desearía hacerlo de una manera completamente privada.
El capitán se adelanto imperiosamente.
- ¡No le haga caso, mi general! Este hombre no debe haber traído buenas intenciones.
El desconocido sonrió despectivamente.
- Me han cacheado cuidadosamente, mi general. Además, pensando en que esto iba a ocurrirme, he dejado la documentación en mi domicilio -su voz tomó un tono de tremenda seriedad-. Lo que tengo que comunicarle es de la mayor importancia y debe permanecer en absoluto secreto.
La curiosidad pico a Edmund. Tornandose hacia el capitán.
- Voy a entrar en mi despacho con ese hombre. Ahí -dijo señalando la campana de un timbre- podrá, recibir una señal si me encontrase en peligro -miro las estrechas espaldas del joven, agregando con una sonrisa-: Aunque creo que esto no ocurrirá. Vamos.
Penetraron en el despacho después de ocupar el monumental sillón que le presidía, el general indicó un asiento a su visitante.
- ¿Quién es usted? -preguntó a quemarropa.
- Me llamo Martin; Victor Martin y soy el jefe del Servicio Civil de Meteorología de Bélgica.
Hubo un corto silencio, durante el cual se miraron ambos fijamente. Por fin, el general reanudo el dialogo.
- ¿Qué desea decirme?
El rostro del otro se animó como si la sangre que faltaba a su rostro pálido hubiese afluido a instancias de una llamada emocional.
- Espero que hasta que no termine de comunicarle mis observaciones, no va usted a creerme ni una sola palabra. Le recordaré, para empezar, que estamos en septiembre. Quizá esto le parecerá un absurdo; es igual. En el Observatorio del que soy director, se viene

dedicando especial atención al tiempo en toda Europa y de la calidad de nuestros servicios podrá usted juzgar por sí mismo, ya que somos nosotros los que procuramos diariamente los informes a las fuerzas aéreas dependientes de la N. A. T. O. o de la O.T.A.N.
- Ahora recuerdo y lo que dice usted es exacto -asintió el general.
- Esperaba también que me hiciese una natural pregunta, que le explicase mi presencia aquí, ya que si tuviera alguna cosa importante, desde el punto de vista meteorológico, debía haberla cursado por vía oficial. Sin embargo, lo que me ha traído aquí es algo que ni yo mismo me atrevería a creer.
O'Hara adelantó el busto hacia delante, visiblemente interesado por el giro que llevaba la conversación.
- Explíquese -rogó.
- Voy a empezar por el principio. El estudio de los pronósticos para el tiempo se han hecho en estos momentos de alarma general mas imprescindibles que nunca. La aviación no cesa de preguntarnos detalles anticipados de las condiciones atmosféricas en vista de las operaciones aéreas que pueden iniciarse en el momento mas oportuno. Hemos ido recogiendo datos y ha sido al hacer el estudio final de todos ellos, cuando me he percatado de algo que, estoy seguro va a causarle tanta extrañeza como a mi. Las curvas de presiones y todo lo demás demuestran de una manera palpable, que se prepara una borrasca sobre toda Europa, de unas características completamente inexplicables en esta parte del mundo. ¿Qué me diría usted de una temperatura de setenta grados bajo cero, aquí en Bruselas?
- ¡Una completa estupidez!
- Igual que me parecía a mí y en eso coincidimos plenamente. Pero la meteorología moderna es una ciencia matemática y los datos que poseo demuestran la llegada de un tiempo que nunca hasta ahora reinó sobre Europa.
Los ojos del general brillaban de interés.
- ¿Se explica usted el origen de todo esto?
- Científicamente -repuso el interpelado- no hay explicación posible que pueda satisfacernos. Los datos recogidos nos avisan pero no explican nada.
Un silencio completo siguió a la última frase. El general O'Hara parecía profundamente preocupado.
- Sería sencillamente horrible -dijo como si hablase consigo mismo-. Claro que, en ese caso, el enemigo sufriría del mismo mal que nosotros.
Martin movió negativamente la cabeza.
- No lo creo yo así, general -repuso-. Ellos estan acostumbrados y nosotros no.
El teléfono empezó a repiquetear con insistencia. Durante algunos

segundos Edmund pareció no hacer caso alguno al aparato. Luego, alargando el brazo:
- Diga.
Permaneció bastante rato escuchando atentamente. Su entrecejo se había fruncido y profundas arrugas atravesaban paralelamente su ancha frente.
Finalmente, con un terrible gesto de cansancio colocó el microteléfono sobre la horquilla.
Miro a Martin con simpatía.
- Tiene usted razón, joven. Acabo de recibir un importante mensaje de una de nuestras Bases en el Norte de Europa y la amenaza de que usted hablaba se ha convertido en una realidad y tiene, ahora, una completa y satisfactoria explicación,
El meteorólogo se levantó precipitadamente.
- ¿Está. usted seguro?
- Desgraciadamente, sí, amigo mío. Sobre miles de kilómetros de extensión y procedentes de un punto aún indeterminado, miles y miles de monstruosos "icebergs" se lanzan hacia las costas de Europa. La temperatura en las ciudades escandinavas esta alcanzando un rigor superior al que allí se desencadena en pleno invierno. Toda esa enorme masa de hielo que navega hacia Europa esta causando un descenso de temperatura general y no tardaremos en sentir nosotros los efectos de este inexplicable fenómeno. Porque confieso que no puedo explicarme el porqué de todo esto.
Los ojos del joven Martin brillaban intensamente. Íntimamente sorprendido por los acontecimientos que se precipitaban, palideció como nunca, al tiempo que exclamaba con voz sorda:
- ¡Es una invasión de los hielos!

* * *

Un estremecimiento sacudió a Europa...
Mientras, desde las tranquilas aguas del mar del Norte, se acercaban los témpanos de hielo, la temperatura descendió brutalmente llegando hasta límites desconocidos en el continente europeo. Una gigantesca nevada precedió a toda aquella revolución atmosférica y cubrió totalmente la tierra de una espesa capa blanca, al tiempo que la respiración de los hombres formaba densos vapores en el aire.
Cortadas las comunicaciones de una manera casi total; sometidos los soldados a temperaturas inconcebibles; detenidos los servicios, helados los motores de los vehículos, la formidable organización militar del mundo oriental quedó completamente para1izada.
En un solo día, de aquel fatídico mes de septiembre de 1980, el número de bajas por enfermedades pulmonares de gran gravedad ascendió a una cifra impresionante. Las comunicaciones por radio no

se detenían un solo instante en comunicar las noticias, que produjeron un natural y general pesimismo.
Nada salió en limpio de las constantes reuniones de los Estados Mayores en que fueron insistentemente reclamadas las opiniones de los expertos en meteorología. El fenómeno era completamente inexplicable y ninguna de las teorías que se forjaron para convertirle en algo que se pudiese razonar dio los frutos esperados.
Pero no sólo impresionaba la ola de frío y nieve que estaba cayendo sobre Europa. La proximidad de los témpanos de hielo que, como una escuadra fantasmagórica se iba acercando a las costas europeas, planteaba un problema sencillamente gigantesco.
El Océano Atlántico se había convertido en un paraje de quimera en el cual era imposible soñar con cualquier clase de navegación. Igual que en la segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos de América desde el momento en que habían considerado que la Unión Soviética deseaba la guerra habían procedido al envío en masa de cientos de convoyes que abastecerían plenamente a los ejércitos occidentales.
Pero, cuando se consideraban vencidos todos los obstáculos; cuando los navíos tenían a la vista las costas inglesas; cuando se creían salvados de un posible ataque submarino enemigo, la presencia de los "icebergs" les hicieron renunciar a continuar el viaje, volviendo su proa hacia las costas americanas.
Todos aquellos días en que empezó la trágica invasión de los hielos, creyeron los aliados que la ofensiva soviética era inminente. Pero, contra todos los pronósticos, nada anormal se produjo en la línea del frente, y el único enemigo, el frío, fué el que hizo acto de presencia.
Los hospitales de campaña situados en la proximidad de la línea de fuego fueron incapaces para recibir la totalidad de los enfermos que llegaban desde vanguardia. Los cirujanos hubieron de trabajar día y noche intentando vanamente salvar los miembros congelados que, finalmente, se veían obligados a amputar.
¡Y la temperatura seguía descendiendo!
Parecía imposible que una crudeza del tiempo pudiese alcanzar tales extremos. La población civil sufría igualmente las consecuencias de aquel riguroso invierno jamás conocido en los anales de la historia. Con las calles desiertas, las ciudades parecían tumbas en las que la muerte fuese el único habitante.
La cifra de víctimas aumentaba incesantemente mientras la vida se paralizaba casi por completo. Con terror, las autoridades militares veían disminuir sus efectivos de una manera desastrosa. Pronto se percataron de que las fuerzas disponibles en una posible línea de fuego eran insuficientes para detener medía docena de divisiones enemigas.
¡Y entonces empezó la desbandada!...

Presas de un colectivo pánico, las gentes pensaban buscar la salvación en las zonas que hubieran podido escapar a aquel espeluznante frío. La huida encauzó a los alocados habitantes de Europa hacia el Sur.
Estaciones, aeropuertos y carreteras se llenaron de toda clase de gentes y de toda especie de vehículos. Las fronteras pirenaicas conocieron una invasión cuyo símil no podía encontrarse en toda la Historia de la Humanidad.
Aquellos desgraciados que corrían hacia África, ya que la totalidad de la Península Ibérica estaba cubierta igualmente de nieve, dejaba detrás dos tercios de la población europea muertos de frío.
Cien millones de habitantes habían dejado de existir. Jamas una catástrofe de tal género se había conocido en el mundo. La Prensa, la poca que aún se permitía el lujo de salir a la calle, comentaba aquella catástrofe como el resultado del excesivo empleo de las armas nucleares que se habían ensayado en los últimos tiempos.
Lentamente, las pocas unidades de los ejércitos occidentales fueron ganados por el ansia de salir de una tierra en la cual era ya imposible vivir.
Los aviones de reconocimiento que sobrevolaban constantemente, dotados de mecanismos especiales para evitar que los motores se helasen, comunicaban noticias que no hacían más que aumentar el natural pesimismo de los jefes de aquel desquiciado ejército.
Las Islas Británicas habían dejado de existir como nación. Impelidos por los que iban detrás, los hielos habían saltado por encima de las tierras, aplastando todo lo que se oponía a su brutal marcha.
Cogidos en aquel cepo, gélido, los ingleses no pudieron escapar a las garras de la helada muerte que caía sobre ellos. Sus ciudades se cubrieron de una espesa capa de nieve que la temperatura solidificó, convirtiéndola en un sudario que no permitía la menor manifestación de vida. Así, el medio centenar de millones de habitantes del Reino Unido pereció sin lograr escapar a aquel inesperado fenómeno que se tendía como una losa sobre el desdichado continente.
A finales de octubre de 1980, los últimos efectivos del Ejército de la N.A.T.O. habían desaparecido del continente europeo. Desde el Cabo Norte a la Punta de Tarifa una espesa capa de hielo cubría la tierra.
La desolación era completa. Toda la fauna y flora habían desaparecido de la superficie de la helada tierra y los pocos seres vivos, hombres o animales que no habían logrado escapar de la terrible catástrofe, se movían lastimosamente sobre la helada superficie de la tierra en una larga y cruel agonía cuyo final no podía esperar mucho.
Entre tanto, los gigantescos bloques de hielo seguían volcándose sobre las costas y saltando, en pedazos, como verdaderos mensajeros de la muerte.
¡El fin del fin había llegado!

CAPÍTULO V

Cuando Taylor abrió los ojos, tardó bastante tiempo en poder tomar contacto con la realidad. Un vivo dolor en la espalda le hizo recordar el final de la aventura que había empezado en el misterioso rascacielos de Gorki. Después, cuando pudo hilvanar la totalidad de sus recuerdos, sonrió a pesar de todo, al pensar que el enemigo le había capturado solamente después de haber enviado el mensaje al Sastre de Moscú.

A medida que pudo ir vislumbrando mejor las cosas que le rodeaban, sumidas en una oscuridad casi completa, pudo llegar la hacerse una clara idea del lugar en que le habían encerrado. La celda era estrecha y de techo tremendamente alto. En el límite del muro y a más de cinco metros de altura, una pequeña ventana, sólidamente enrejada, dejaba pasar un haz de luz débil que hacía pensar en que estaba amaneciendo o anocheciendo.

Fue solamente cuando la luminosidad se incrementó cuando Leo pudo darse cuenta de que su despertar había coincidido con el amanecer. Pensó entonces que había estado gran parte de la noche en completa inconsciencia producida por la cuchillada que había recibido al salir de la casa de telégrafos.

La herida le dolía mucho menos que lo que el mismo hubiera temido. Lo que significaba que no era tan grave como al principio podía haber imaginado. Tan sólo cuando movía el brazo izquierdo, el dolor paralizaba los movimientos localizando la incisión a la altura del omoplato.

Tardó bastante en oír cómo la puerta de su celda se abría. Cuando esto aconteció, la alta figura de un soldado soviético apareció en el dintel.

- ¡Sígueme!

Leo, haciendo acopio de la energía que le quedaba y realizando un sobrehumano esfuerzo, consiguió incorporarse y salir al exterior de la celda que el soldado volvió a cerrar tras él. Luego, sintiendo la sensación del cañón de la pistola que se apoyaba en su espalda, obedeció el expresivo gesto de su enemigo iniciando la marcha a través del largo pasillo.

Tras subir una escalera de caracol de peldaños cuyos bordes ofrecían el desgaste de muchos pasos, el americano desembocó en una amplia estancia a la que abocaban una serie de puertas herméticamente cerradas.

El soldado que seguía a Leo, le empujó con el cañón del arma hacia una de ellas. Después, adelantándose, golpeó fuertemente con el puño cerrado.

La puerta se abrió y cuando, empujado por el soldado, Taylor penetró en la habitación, no le causó extrañeza alguna el ver sentado tras una mesa al coronel con el que se había tropezado en el ascensor del rascacielos de Gorki.
- Pasa, pasa, camarada.
Taylor se adelantó hasta rozar con la parte anterior de su cuerpo el duro borde de la mesa del despacho. Sin volverse, notó que el soldado había cerrado la puerta tras él y hasta oyó como sus pasos se alejaban.
- Puedes sentarte -murmuró el coronel, señalando una de las sillas que estaban junto a la pared.
Leo, apoderándose de una de ellas la acercó a la mesa del despacho y se sentó seguidamente.
- Hace mucho tiempo que te seguimos la pista, Leo Taylor. Todas las veces que has estado aquí, en Rusia, te hemos seguido para que nos ayudaras a descubrir la red de asquerosos espías que habéis montado en la Unión Soviética. Desgraciadamente, en esta ocasión te hemos cazado demasiado tarde. Cuando te vi en el rascacielos, uno de mis hombres falló lamentablemente al seguirte, dándote tiempo a que comunicaras con ese sastre de Moscú... -sonrió cínicamente-, ese sastre amigo tuyo que ya no podrá coser más en su vida, porque le hemos arrancado los ojos.
Un estremecimiento recorrió la espalda del agente secreto.
- Te preguntarás ahora -prosiguió el enigmático coronel- si vamos a hacer contigo lo que hemos hecho con ese puerco de Moscú. Si en algo puedo tranquilizarte, te adelantaré que no vas a morir, aunque desearías que esto te ocurriese mil veces seguidas. -Hizo una pausa:- Toda mi vida he pensado si el azar existe o es una creación que os ha servido, a vosotros los capitalistas, para crear esos casinos de los que os enorgullecéis tan vanamente. Te digo todo esto para que sepas que voy a darte una oportunidad muy pequeña, pero oportunidad al fin.
- Muy amable -ironizó Leo.
- No hace falta que me lo agradezcas. Ya te he dicho antes, que desearas la muerte mil veces seguidas. Pero lo mas importante de todo esto es que vas a salir de Rusia con gentes cuya misión es la de vencer en esta guerra que no declararemos jamás, pero que ganaremos irremediablemente. -Hizo un gesto vago con la mano derecha:- ¡Imagínate! Ir en compañía de la solución de un misterio que no lograréis desentrañar jamas y morir sin poder comunicar el secreto a los tuyos.
Antes de que Taylor pudiese contestar, oyó claramente como la puerta se abría a su espalda y unas fuertes manos le cogían por los brazos. Cuando salía acertó a oír aún la estridente carcajada sardónica que brotaba de los labios de su enemigo.
Una hora después, sólidamente esposado, formaba parte del equipaje

de un enorme avión que se dirigía hacia el Oeste.
Durante mucho tiempo nunca pudo saber cuanto permaneció en una incómoda posición, torturando su mente al intentar aclarar el final y el objeto de aquel misterioso viaje. Finalmente, cuando había dejado de torturarse las meninges, la puerta de la cabina se abrió y uno de los pilotos, que llevaba el estuche de un paracaídas bajo el brazo, se acercó a él.
- Voy a ponerte esto. Espero que, aunque te quite las esposas, no intentaras ninguna tontería. Ahí delante -señaló la cabina- están a la escucha y, si te pones tonto, tu viaje acabara aquí mismo.
Una vez que le hubieron colocado el paracaídas, el piloto sacó su pistola y, haciendo un elocuente gesto, obligó al prisionero a que se dirigiese hacia el centro del fuselaje. Después, de un tirón, hizo correr la puerta.
Un aire frío y penetrante inundó el interior del aparato. Taylor se percató de la horrenda temperatura que reinaba en el exterior.
"Debemos volar muy cerca del Polo", pensó.
El piloto, afianzándose en uno de los bordes de la puerta, había echado una rapida ojeada hacia fuera. Inmediatamente después se volvió hacia el americano.
- ¡Salta!
Taylor, durante una cortísima fracción de segundo, pensó lanzarse contra aquel hombre. Pero inmediatamente pensó que aquel gesto no le conduciría a parte alguna. Por lo tanto, si el Destino le señalaba un final que lógicamente tendría que haber ocurrido antes, había que aceptarlo.
"Después de todo, mientras hay vida hay esperanza!", se dijo. .
Luego saltó decididamente al vacío.

* * *

El automóvil que conducía a Robert Sharpstein, jefe del "S.S.U.S.A.", avanzaba a toda velocidad por las calles de Nueva York. Los motoristas que le precedían hacían sonar las potentes sirenas, paralizando totalmente la circulación, ya que los vehículos se apartaban rapidísimamente a los lados para dejar el camino expedito.
Dentro del coche, Robert chupaba desesperadamente de un cigarrillo que había olvidado encender. De vez en cuando acercaba a los labios el microteléfono interior:
- ¡Más de prisa!
Su exigencia era prácticamente imposible. La aguja del cuentakilómetros había pasado de los ciento cuarenta kilómetros por hora y el conductor tenía que hacer verdaderos esfuerzos para mantener el vehículo en una estabilidad que le impidiese estrellarse

contra cualquier edificio.
Afortunadamente, las modernas avenidas que se habían construido últimamente, transformando la ciudad americana, permitía alcanzar fantásticas velocidades a los vehículos, siempre que la circulación se hubiese suprimido como entonces.
La mente de Sharsptein estaba sometida a la presión de cunas ideas, que no lograba concentrar, sobre el motivo de aquella cita que había recibido momentos antes de la parte del Secretario de Estado.
Lipscomb no le había comunicado exactamente los motivos de tan urgente llamada. Aunque pensaba que sería algo relacionado con la catástrofe que había caído sobre Europa, Robert era incapaz de encontrar una solución a la terrible impaciencia que le atenazaba.
Cuando, finalmente, el automóvil entró como una tromba en el interior del aeropuerto, Robert vio la doble hilera de policías que formaba una especie de calle por la que se adelantó el vehículo, disminuyendo la loca velocidad que llevaba hasta entonces.
Al final de aquel callejón humano, otro coche semejante al que había llevado al jefe "S.S.U.S.A.” se hallaba detenido junto a un avión cuyos reactores estaban en marcha.
Apenas puso el pie en tierra, Sharpstein se sintió llamado por una voz que conocía demasiado.
- ¡Suba, rápido!
Ascendió velozmente la escalerilla y antes de que tuviese tiempo de saludar a Lipscomb, el avión empezó a rodar vertiginosamente sobre la cimentada pista, despegando en una línea casi vertical que ascendía hacia la masa de nube en cuyo seno desapareció a los pocos segundos.
Sólo entonces Robert pudo interesarse acerca del motivo de aquel viaje.
- Le he llamado -explicó el Secretario de Estado- para que comprobemos juntos la veracidad de un comunicado urgente que he recibido, hace muy poco, del Observatorio Meteorológico de Islandia.
- ¿Algo nuevo?- intervino Robert.
- Quisiera que no lo fuese -el entrecejo de Laurence se había fruncido al tiempo que su frente se llenaba de arrugas-. Quisiera que el Observatorio se hubiese equivocado. -Luego, como si hablase consigo mismo:- La tragedia más absurda esta cayendo sobre nosotros. Parece ser como si una maldición hubiese encontrado eco en alguna parte y ahora se desplomase sobre todo lo que creíamos haber construido y que poseía una solidez en la que confiábamos plenamente. La catástrofe europea no era, al parecer, bastante para que ahora las cosas se compliquen para América.
- ¿Qué ocurre?
Lipscomb pareció no haber oído la pregunta que le hacia su acompañante. Ensimismado siguió monologando.

- Hubiera sido mil veces preferible que la guerra hubiese estallado. El sabor de una derrota militar es mucho menos amargo que el de una catástrofe de la Naturaleza que nos golpea con la rudeza que suele hacerlo un mal inesperado.
Quedó unos instantes en silencio, ocasión que aprovechó Robert para plantear la pregunta que le estaba quemando los labios.
- ¿No cree usted, señor, que ese descenso brutal, de temperatura en Europa no haya sido producido por algún misterioso invento ruso? Recuerde el mensaje que recibimos del sastre de Moscú. Taylor estaba seguro de que nuestros enemigos iban a desencadenar la guerra...
- Y no dudo que Taylor dijese la verdad. Pero a los soviets les ha ocurrido con toda seguridad lo que a nosotros. Comprenderá usted, amigo mío, que de nada le serviría conquistar una Europa de hielo.
El aparato perdía visiblemente altura. Momentos más tarde la puerta de la cabina de pilotaje se abrió para dar paso a un uniformado aviador.
- Dentro de unos momentos -dijo- atravesaremos el paralelo 62.
- Está bien -repuso Laurence-. Cuando empiece a ver los "icebergs" me avisa, por favor.
- Así lo haré, Excelencia.
Durante unos instantes permanecieron en silencio. Momentos después, el aviador volvió a hacer acto de presencia.
- Se ven ya los témpanos, señor.
Visiblemente inquieto, el Secretario de Estado se dirigió hacia la parte posterior del aparato, seguido de Robert. Una vez allí, y después de descender una escalerilla metálica de caracol, tomaron asiento en dos cómodos butacones que estaban situados en medio de una especie de estera cuyas paredes eran completa y totalmente transparentes.
El aparato especial del Secretario de Estado había sido dotado de aquella campanula inferior que permitía realizar observaciones precisas sobre cualquier punto interesante.
Ante los ojos asombrados de los dos hombres, la superficie del Océano estaba cubierta de enormes montañas de hielo que flotaban, las unas junto a las otras como una rara escuadra, de níveas unidades; una flota fantasma como la que habían soñado muchos escritores terroríficos.
- ¡Mire hacia dónde van!
En efecto, aquellas masas blancas se dirigían indefectiblemente hacia el Oeste. Contrariamente a todos los cálculos posibles, los témpanos de hielo seguían un camino que científicamente parecía imposible. Pero, cuando Sharpstein se percató de las ideas que estaban atravesando la mente de su interlocutor, desvaneció rápidamente lo que el otro creía imposible.
- Esos hielos se han desprendido de alguna parte de la zona ártica y

ahora están siendo empujados por la corriente del Labrador. Seguramente, terminaran chocando con la parte norte de nuestro país. Pero, por fortuna, no creo que pasen de Terranova, ya que la corriente se desvía allí dirigiéndose nuevamente hacia el Atlántico.
- ¡Dios le oiga! De todas formas, convendría volar hacia la zona donde la corriente vuelve las espaldas a los Estados Unidos. Todo esto me parece realmente demasiado extraño.
Apoderándose del microteléfono de a bordo, Laurence comunicó la nueva ruta al piloto.
Un tanto después, apenas el tiempo que transcurrió en dar algunas bocanadas a sus respectivos cigarrillos, la voz del piloto hizo saber a los dos hombres que habían alcanzado el punto deseado.
Detenidamente y mientras el aparato describía amplios círculos para facilitar la observación de aquellos parajes, Laurence y Robert pudieron percatarse de algo que, momentáneamente, les dejó sin aliento.
Los témpanos de hielo, al llegar al curso final de la corriente del Labrador, que en su confluencia con el Golf-Stream, ¡volvían hacia las costas estadounidense remontando la potente corriente en un acto que estaba fuera de toda lógica!
- ¡Es imposible, Dios mío! -exclamó el Secretario.
Robert no contestó. Su mente estaba hundiéndose en profundidades de las que intentaba desesperadamente extraer alguna luz que iluminase aquel terrible misterio. Lentamente, la idea de que todo aquello no era producto de la ciega mano de la Naturaleza se fue abriendo paso en su espíritu con una fuerza cada vez más potente.
Entretanto, Lipscomb parecía haber envejecido veinte años en aquellos breves momentos. Mortalmente pálido, con los ojos entornados y el mentón apoyado en su mano izquierda, Seguía la marcha de los témpanos de hielo, cuyas masas se estrellarían al cabo de algunas horas, sobre las costas estadounidenses, reproduciendo la catástrofe que había hecho desaparecer al Europa.
Maquinalmente extendió el brazo para apoderarse del microteléfono. Luego, con una voz cansada:
- Regresemos a Washington -dijo.
Una vez en la ciudad se despidió con un gesto vago de Robert. Éste, profundamente preocupado, pero interesado en el desarrollo de la idea que dominaba en su cerebro, se hizo conducir velozmente a la sede del Servicio Secreto de los Estados Unidos.
La marcha del ascensor hasta el piso en el que estaban situadas sus habitaciones particulares, le pareció extraordinariamente lenta. Después irrumpió en su despacho como una tromba.
Miss Crawford, su secretaria, se sobresalto al verle entrar tan súbitamente.

- ¡Póngame inmediatamente con nuestro Estado Mayor en Casablanca!
Tras evacuar velozmente Europa, los Estados Mayores de las potencias occidentales se habían trasladado al Norte de África, donde la temperatura, aun habiendo disminuido bastante, permitía al menos la vida de los seres humanos.
El general O'Hara seguía siendo el jefe supremo de las fuerzas aliadas y había establecido su cuartel general en la ciudad. de Casablanca, ya que, aunque la Unión Soviética no había declarado guerra alguna, la amenaza seguía estando en pie sobre la nueva línea del frente que no era otra que el Mediterráneo.
La agradable voz del general impresionó muy pronto a Robert que, esperando la conferencia, se paseaba impacientemente por su despacho.
- Mi general -empezó a decir-, sería muy importante que enviase todos los aviones necesarios para realizar un detallado reconocimiento aéreo en el Ártico. No se trata de una misión fácil, sino que necesitamos la mayor cantidad de fotografías aéreas que puedan conseguir, así como todo objeto o movimiento sospechoso que se observe.
- Asi lo haremos -prometió O'Hara.
- Espere aun, mi general -prosiguió Sharpstein-. También es muy importante que, cueste lo que cueste, conozcamos el estado actual de la topografía de los países satélites y aun mas allá de la Unión Soviética...
- ¡Pero -interrumpió el general- esa violación aérea podría significar un inmediato desencadenamiento de las hostilidades!
- ¡No importa! -repuso bruscamente Robert -. Necesitamos aclarar muchos puntos oscuros de los cuales depende la existencia de América y, como deriva de esto, la de todos los países libres. No olvide, general, que este asunto es de la máxima urgencia y completamente secreto.
Cuando colgó el microteléfono, Sharpstein respiró sonoramente. Se daba cuenta de que acababa de jugarse una carta, cuyo final podía ser la silla eléctrica, la cámara de gases o el pelotón de fusilamiento.
En una palabra, la muerte y el deshonor.
Por primera vez en su vida, Robert, después de sentarse en su sillón, clavó su mirada en la secretaria. Hasta entonces no se había percatado exactamente de las características femeninas de aquella muchacha. En realidad, la ignoraba por completo.
La encontraba atractiva. Durante un buen rato y disimulando de una manera cómicamente infantil fue descubriendo bellezas que hasta entonces había ignorado por completo. Al mismo tiempo sintióse como súbitamente rejuvenecido. Sus cuarenta y cinco años le parecieron una irrisoria expresión matemática que no podía, en forma alguna, expresar la realidad de aquella ola de juvenil deseo que le

inundaba.
Consideró que había vivido estúpidamente al lado de la deliciosa criatura que era Patty. Lo mas difícil, para un desacostumbrado como Robert, era romper el hielo que existía entre ellos y que él había contribuído a hacer más espeso que nunca.
Cuando le sonrió, la pobre Crawford se sintió inmediatamente presa en una sensación de angustia que no podía explicarse. Acostumbrada a la cara de pocos amigos que siempre tenía Sharpstein, aquella sonrisa le había hecho ver a su jefe con un rostro completamente nuevo.
Pero, finalmente, cuando se convenció de que no se trataba de ninguna alucinación, el camino que tenía que recorrer Robert se hizo mucho más agradable.
- ¿Podríamos cenar juntos, no le parece?
A ella le pareció muy bien.
Y, ante los asombrados ojos de los empleados de los ascensores que no creían lo que estaban viendo sus ojos, un nuevo e inesperado míster Sharpstein sonreía amablemente, enlazando a su brazo a una miss Crawford más encantadora y bonita que nunca.

CAPÍTULO VI

La caída, hasta el momento preciso en que tiró del abridor del paracaídas, le hizo sentir intensamente la baja temperatura del exterior. El aire frío le corto el rostro como un afilado cuchillo. Además, debido a la ropa, no especialmente preparada para aquella región, se vio atravesado por la gélida brisa.
Cuando, finalmente, el aparato amortiguó la velocidad, Leo levantó el rostro no logrando distinguir el camino que había seguido el avión desde el que fue lanzado.
La oscuridad iba intensificándose paulatinamente, pero jamas llego a ser completa, cosa que hizo pensar al americano que se encontraba en la proximidad de las tierras polares, lugar del planeta en que tal fenómeno se produce.
El suelo estaba duro, completamente helado, y el golpe, a pesar de las precauciones que tomó, tuvo una cierta violencia que no pudo evitar.
Inmediatamente después, se deshizo del paracaídas, el cual plegó convenientemente, echándoselo sobre las espaldas para evitar que el frío le venciese por completo.
Meditando sobre su mala fortuna, Taylor empezó a caminar sobre la blanca superficie helada, sin saber exactamente hacia dónde se dirigía. Después de todo, le era completamente igual ir hacia un sitio que hacia otro, ya que al final solo podía esperarle la muerte.
Movido por una curiosidad que el mismo peligro de su situación no

alcanzaba. a destruir, el joven meditó sobre las palabras que le había dirigido el coronel antes de embarcarle en aquella póstuma aventura. No llegaba a comprender bien el sentido de todo lo que había oído, pero las declaraciones del propio Latimof le hacían pensar en que la URSS había encontrado un nuevo procedimiento de hacer la guerra sin poner en peligro sus propias fuerzas.
Por mucho que intentó desentrañar aquel misterio, no logró mas que producirse un fuerte dolor de cabeza. Luego, cuando ya desesperado había enviado todo aquel asunto al diablo limitándose a ceñirse a las preocupaciones actuales, la frase de su enemigo resonó en sus oídos con una obsesiva precisión.
"Voy a enviarte al lugar en el que se encierra el misterio de la ofensiva de la Unión Soviética..."
En realidad... ¿dónde estaba?
Todo aquello le parecía como el producto de una incesante alucinación colectiva, de la cual jamás podría decir nada, ya que no tenía la menor esperanza de salir con vida de aquella desastrosa aventura.
El frío era cada vez mas intenso y si tal cosa no era más que una apreciación suya, todo aquello demostraba que su organismo se quejaba de la crudeza de un clima para el que no estaba ni preparado... ni vestido.
Lentamente, de una forma insidiosa y tremendamente traidora, el frío empezó a invadirle, produciéndole los conocidos efectos de insensibilidad en las partes extremas del cuerpo. Primero, las orejas, la nariz; más tarde, los dedos de ambas extremidades. Cada paso le costaba una enormidad y los esfuerzos que tenía que realizar para efectuar el menor movimiento le eran cada vez más penosos.
Una especie de indefinido sopor se fue apoderando de él. Estúpidamente y contra lo natural se empezó a sentir tremendamente feliz, con un sueño que ponía una carga de plomo en sus párpados. Algo así como una deliciosa embriaguez que le empujase a tenderse en el suelo para reposar de aquel cansancio del que no podía escapar...
Dio los últimos pasos de una manera desordenada, vacilante, hasta que, finalmente, cayó de rodillas. En aquel momento, algo de su instinto de conservación le hizo realizar un esfuerzo para incorporarse.
- ¡Estoy perdido, Dios mío! -exclamó.
Todo fue inútil; la sensación del sopor llegó a dominarle por completo. Reclinándose, sin voluntad ya para oponerse contra su destino, se dejó caer sobre el blanco suelo. Empezaba entonces a nevar y su figura, que al principio destacaba como una mancha negra sobre el sudario que era la tierra, fue desapareciendo al ser cubierta por la nieve de una manera total.

* * *

Después de dejar al jefe del "S. S. U. S. A.", el Secretario de Estado, profundamente impresionado por lo que acababa de ver, se hizo conducir a la mayor velocidad posible al recinto del Pentágono.
Una vez allí, demandó una audiencia urgente con el presidente, que le fue concedida en el acto. Durante una larga hora los dos hombres conversaron animadamente de cosas que hubieran llenado de terror a los habitantes de los Estados Unidos si, por casualidad, cualquier periodista hubiese tenido la fortuna profesional de escuchar las palabras que allí se dijeron.
Después de despedirse de la máxima autoridad del Estado, Lipscomp se hizo conducir exigiendo la mayor premura de su acostumbrado conductor, a la sede del Estado Mayor de las Fuerzas Estadounidenses.
El general Portes le recibió en seguida. Sentados frente a frente en la amplia estancia que servía de despacho a la primera autoridad militar del país, los dos hombres se dispusieron a realizar la más fantástica batalla de la Historia del Mundo.
- Todos esos hielos -decía Laurence- avanzan implacablemente hacia nuestras costas. Comprenderá usted, general, que además del descenso brutal de temperatura que se anunciará dentro de muy poco, los témpanos cerraran todos nuestros puertos, destrozando sus instalaciones y cegando la vida marítima de la nación, si tal cosa es una obra de la naturaleza, como si responde a una invención del enemigo, cosa de la que dudo cada vez menos, lo más apremiante es resolver esta amenaza que se nos viene encima. El presidente esta perfectamente de acuerdo para que se empleen todos los medios a nuestro alcance antes de que la tragedia europea se repita en el Nuevo Continente.
Dwight se pasó su callosa mano por la barba en un gesto dubitativo. El general era un hombre macizo, corpulento, y sus cincuenta y tres años se hallaban considerablemente disfrazados bajo su fortaleza que le prestaba un aspecto de juventud y vigor nada comunes.
- Habrá que estudiar un plan de ataque, aunque ahora mismo no veo otra posibilidad que la de destruir esos "icebergs” por medio de explosivos. Quizás bombardeándolos...
- No lograríamos gran cosa -cortó Laurence-. Que los témpanos sean grandes o pequeños nada de eso redundara en nuestro beneficio. La temperatura descendera del mismo modo y los pequeños bloques que los explosivos fraccionen no dejaran de cubrir nuestras costas y cerrar totalmente los puertos.
Guardaron un silencio durante el cual sus cerebros se esforzaron en encontrar una solución a aquel gigantesco y terrible problema.

Finalmente, el general emitió un suspiro de satisfacción.
- ¡Creo que he encontrado algo! -exclamó-. Si empleamos explosivos de tipo térmico podremos hacer que esos témpanos se disuelvan en forma de vapor de agua. Tendremos, naturalmente, algunos días en que la niebla sera intensa, pero después todo se normalizara.
- ¿Cree usted que los cambios meteorológicos no alcanzarán el extremo rigor que tememos?
- No lo creo. Ya le digo que todo se reducirá a un aumento de la bruma hasta que la densidad higrométrica desaparezca en contacto con las capas de aire caliente.
- ¡Perfectamente! -el rostro del Secretario de Estado se había animado y su palidez desaparecido por un aflujo intenso de sangre-. ¿Qué armas va a emplear?
- Ya le he dicho que aquéllas que produzcan en sus explosiones una gran cantidad de calor. Tal necesidad de alcanzar altas temperaturas nos obligará a emplear las bombas nucleares. Sin embargo...
Había fruncido el entrecejo y entornado los ojos, prueba evidente de que se hallaba bajo el influjo de una intensa meditación.
- ¿Ve usted algo en contra de nuestro proyecto, general? -inquirió tímidamente el otro.
Porter ataco a su vez con otra pregunta.
- ¿Cuanto tardarán en llegar los hielos?
- En el punto que los hemos observado, unas sesenta horas, aproximadamente. No olvide que están avanzando en contra de la corriente marina.
- Va a ser una competición contra reloj. Voy a explicarme: El lanzamiento de armas nucleares no puede hacerse del modo corriente que esta clase de explosivos exige generalmente. Tal modo de proceder, además de ser costosísimo, no nos daría los resultados apetecidos, ya que la potencia que poseen es superior a la que esta operación requiere. Habremos de emplear bombas pequeñas que estaremos obligados a colocar sobre cada "iceberg”; de esta manera podremos anular el peligro con un gasto mínimo y con una eficacia completa.
El Secretario de Estado no había entendido completamente las manifestaciones del general.
- No me explico -dijo- de qué manera podrá llevarse a cabo su proyecto...
- Emplearemos helicópteros. Todas las fuerzas aéreas colaboraran en esta operación. Dentro de diez horas habré conseguido la fabricación de pequeñas cápsulas que encierren la sustancia nuclear necesaria. La explosión sera provocada por "radio" mediante fulminantes sensibles a una cierta longitud de onda.
Se estrecharon fuertemente las manos.

- ¡Quiera la providencia -exclamó Laurence- que tengamos suerte!
Dwight asintió con la cabeza.
- ¡La necesitamos verdaderamente!
Durante las horas que siguieron, el general se lanzó valientemente a la realización de la formidable tarea que le había caído sobre las espaldas. Mientras en todas las fábricas de los Estados Unidos se trabajaba febrilmente en la confección de las máquinas infernales demandadas por la autoridad militar, tres centenares de aviones se lanzaban a la observación detallada de la "Flota Blanca", tal como se había denominado en clave la inmensa escuadra de "icebergs" que seguía aproximándose a América.
Los datos que empezaron a llegar hasta el despacho del general Porter demostraron a éste la grandiosidad de la tragedia que se avecinaba y contra la cual estaba dispuesto a luchar. Los limites de la masa helada que se movía, remontando el curso del Gulf Stream, alcanzaban distancias inverosímiles.
¡Una anchura frontal de casi mil kilómetros por una profundidad de trescientos!
Algo así como una especie de tremenda isla que se precipitase sobre el continente. Desde la altura, aquella masa blanca se perdía en el horizonte como una nueva Atlántida que hubiese surgido de los fondos abismales.
Unas horas mas tarde, desde todos los campos de aviación de los Estados Unidos, los aviones encargados de abastecer de pequeñas granadas atómicas a los helicópteros que les habían precedido, surcaron el espacio, concentrándose hacia el lugar del Océano en que los hielos seguían avanzando inexorablemente hacia las costas.
Todos los aviadores habían sido dotados de vestidos especiales, con calentadores eléctricos en su interior, para evitar los fatídicos resultados del descenso de temperatura que ya empezaba a hacerse sentir en gran parte del país. Los datos que llegaban de la zona nordeste de los Estados Unidos, apuntaban la existencia de una fuerte borrasca de nieve que azotaba ya la mayoría de las ciudades de las regiones.
El momento era critico en extremo y cualquier perdida de tiempo podía resultar fatal. Así, los pilotos y sus ayudantes apretaban las mandíbulas expresando su decisión de acabar, de una vez para siempre, con la amenaza que se cernía sobre su patria.
Una vez que los autogiros sobrevolaron los rugientes témpanos, cuya trágica grandeza imponía a los más fuertes, la operación empezó a desarrollarse aceleradamente.
Mientras los grandes aviones de transporte dejaban caer en paracaídas las cargas atómicas, encerradas en unos dispositivos especiales de flotación, los hombres de los helicópteros y hasta los aparatos mismos

se posaban sobre aquellas islas de hielo, procediendo a la colocación de las cargas explosivas.
Mas de doscientos mil hombres intervinieron en aquel singular combate que se daba por vez primera en la Historia. Finalmente, chorreando sudor a pesar de la extrema temperatura, regresaron a los helicópteros, que hendieron el espacio hacia los Estados Unidos.
Un octomotor a reacción quedó a una enorme altura describiendo amplios círculos, con sus cámaras de televisión apuntando a la nívea masa que se movía bajo él.
Reunido en el Pentágono, los miembros del Gobierno y el propio presidente, junto a los altos oficiales y jefes del Estado Mayor, no separaban sus ojos de la enorme pantalla en la que distinguían los témpanos de hielo como si se encontrasen a bordo del avión que estaba retransmitiendo aquella visión de horror.
Un enorme reloj de pared mostraba su aguja segundera que no cesaba de brincar ve1ozmente, midiendo el tiempo que faltaba para que la explosión se desencadenase. El propio general Porter, en un rincón de la sala del Pentágono, tenía a su alcance el botón que oprimiría en el momento determinado para hacer saltar a los "icebergs".
Diez segundos...
El silencio era realmente impresionante y tan sólo el tictac del enorme reloj se oía como reproducido en mil ecos distintos.
Cinco segundos...
Todas las miradas se concentraron en la pantalla que seguía ofreciendo la fantástica visión de aquel continente blanco que parecía, desde la altura en que se encontraba el avión, completamente inmóvil.
Cuatro segundos...
Se podía oír perfectamente la respiración silbante y ahogada de algunos de los presentes. Una identidad completa reinaba en sus espíritus.
Tres segundos...
Se acercaba el momento de saber si aquel plan, elaborado a marchas forzadas, iba a dar los resultados apetecidos. La existencia de los Estados Unidos como nación se jugaba en aquellos instantes.
Dos segundos...
La mano del general Porter se adelantó velozmente hasta posar su dedo Índice sobre el rojo botón que desencadenaría una de las explosiones mas violentas de la Historia.
Un segundo...
Sobre la pantalla televisora pareció como si los hielos se acercasen rapidísimamente al avión desde donde se estaba televisando la explosión.
Una nube de color blanquísimo cubrió totalmente la escena. Después, poco a poco, la gasa que cubría todo se fue rasgando de curiosa forma

adoptando figuras y dibujos completamente fantásticos.
El Secretario de Estado, incapaz de dominar sus nervios, se acercó rápidamente al radioteléfono:
- Que las escuadrillas de observación salgan inmediatamente. Necesitamos datos concretos de lo ocurrido con la máxima urgencia.
Los minutos que siguieron transcurrieron en un respetuoso silencio que nadie se atrevía a romper. Todas las esperanzas estaban puestas en las comunicaciones que se esperaban y nadie era suficientemente loco para atreverse a mostrarse, antes de conocer los datos, ni optimista ni pesimista.
La luz roja del radioteléfono avisó la llegada de las primeras informaciones. Todas ellas se sucedieron, a partir de aquel instante, a toda velocidad.
¡La victoria de los Estados Unidos había sido completa!

CAPÍTULO VII

Bendix acercó sus labios al micrófono.
- Está bien, coronel. Tal como usted ordena, me dirigiré hacia el interior de Europa, ya que por esta parte no hay nada de particular.
Los ocho hombres que formaban, con el propio Bendix, la tripulación de aquel gigantesco aparato de reacción, sintieron al mismo tiempo que era entonces cuando la aventura iba a empezar realmente.
Hasta el momento en que se recibió la orden del coronel, jefe de la escuadrilla, que pilotaba el aparato que marchaba en cabeza, la observación del territorio europeo no había dado ningún detalle especial, ya que la superficie de las tierras seguía cubierta de un blanco manto de nieve sin muestra alguna de vida de cualquier especie que fuera.
Pero, ahora, al tener que internarse en un audaz vuelo hasta mas allá del "Telón de Acero", todos experimentaban la misma emoción, anticipándose a creer que en las profundidades de la Europa Oriental encontrarían la solución de aquel misterio que había causado la desaparición de una civilización maravillosa.
Porque casi ningún hombre escapado de la invasión de los hielos dudaba ya de que tan extraño fenómeno no tuviese su misterioso origen en alguna demoníaca idea brotada del cerebro de un sabio soviético. Los hombres de ciencia rusos, sometidos a una tiranía sin igual que les había convertido en esclavos de una investigación dedicada a satisfacer los deseos de sus gobernantes, trabajaban en condiciones especiales que habrían de conducirles por fuerza al prematuro descubrimiento de planes orientados solamente hacia el mal.

Bendix dirigía su formidable aparato, a una impresionante altura, hacia las antiguas fronteras germano-polacas. El resto de la escuadrilla había desaparecido por completo y la soledad del espacio que atravesaban eran verdaderamente impresionante.
Bajo ellos, la blancura de la tierra hacía parecer lo que veían como la clásica apariencia de una tundra que se hubiese extendido sobre Europa.
Súbitamente, al salir de una masa de nubes por entre las cuales navegaban, un espectáculo inesperado se ofreció ante sus ojos. Por un momento coincidieron todos en creer que la velocidad alcanzada por el avión les había hecho "pasarse” en un tiempo mínimo, llegando al interior de la Unión Soviética.
Pero, después de examinar los aparatos que indicaban el espacio recorrido y la situación del avión, se percataron de que estaban aún muy lejos de la frontera polaca, lo que les situaba todavía en plena Alemania.
Refrenando sus impulsos de gritar el asombro que les había embargado, hicieron describir al avión una serie de círculos al tiempo que, después de detener los motores, iban perdiendo altura.
Héctor Bendix miraba con los ojos muy abiertos aquella zona en la que la vegetación y el verde color de la hierba habían surgido nuevamente como por una milagrosa primavera.
La actividad allá abajo en la tierra era enorme. Miles de hombres se movían de un lado para otro realizando trabajos y maniobras cuya esencia escapaba a los aviadores que les estaban observando. Éstos, dispuestos a informarse plenamente del misterio que encerraba todo aquello, enfocaron sus cámaras de objetivos telescópicos para poder contemplar y cinematografiar, a un tiempo, las escenas que se estaban desarrollando en el suelo.
Con el rostro pegado al visor de caucho de su cámara, Bendix observó con un gesto atónito que una serie de máquinas extrañas, montadas sobre potentes tractores que se movían a la vanguardia de toda aquella gente que hormigueaba a su alrededor.
Lo más fantástico era que a medida que los tractores avanzaban, la capa de nieve desaparecía como por ensalmo, dejando ver la verde superficie de las plantas que habían desaparecido bajo ella.
Una tenue nubosidad brotaba de la parte posterior de las máquinas, como si la nieve se convirtiese instantáneamente en un leve vapor de agua.
Campos, caminos, carreteras y poblados iban recuperando su antiguo y normal aspecto a medida que las misteriosas máquinas avanzaban.
Precisando la televisión de su cámara, Héctor llegó a distinguir perfectamente dos focos anteriores que emitían una luz azulada. Precisamente, al contacto con aquella extraña luminosidad, la nieve y

el hielo se disolvían como por un acto de magia.
La significación de todo aquello irrumpió brutalmente en el cerebro del aviador norteamericano.
¡RUSIA ESTABA CONQUISTANDO UNA EUROPA ABANDONADA, SIN NINGÚN ESFUERZO!
Ahora si que no cabía la menor duda de que la Invasión de los Hielos había sido una nueva forma de guerra inventada por los soviets. Jamás, en toda la Historia del mundo, se había realizado una ofensiva tan excepcional, sin la pérdida de un solo soldado atacante.
Europa había perdido la mayor parte de sus habitantes, víctimas de una horrenda muerte, sin poder escapar a aquel ataque que todo el mundo había creído como una trastocación de la meteorología.
¡Habían visto lo suficiente!
Bendix dio la orden de regresar y el potente aparato, poniéndose en marcha sus ocho turbo-reactores, ascendió como una flecha hacia la estratosfera. Como nunca, sintió el piloto la necesidad de obtener una velocidad máxima para poder comunicar las sensacionales noticias al propio general O'Hara.
Unas horas después el gigantesco aparato se posaba en la cimentada pista del aeropuerto militar de Casablanca.

* * *

Cuando abrió los ojos, Leo Taylor no pudo llegar a comprender nada de lo que le rodeaba. Tuvo que hacer un sobrehumano esfuerzo para hilar en su memoria los recuerdos que parecían haber huido definitivamente de su cerebro.
Se encontraba en una rara habitación, de muros formados por la unión de troncos de madera, iluminada por la luz de una diminuta lamparilla de aceite que chisporroteaba colgada de un clavo por encima de su cabeza.
Su lecho, relativamente blando, estaba cubierto de espesas pieles de animales, que le mantenían en una temperatura agradable y de la que inconscientemente gozaba el americano.
Un dolor agudo en la mano izquierda le hizo levantar el miembro hasta colocar la extremidad del brazo ante sus ojos.
- ¡Dios mío!
La exclamación de horror había salido de su garganta sin que ningún esfuerzo hubiese sido capaz de reprimir. Durante unos minutos contemplo la horrenda visión, sin querer dar crédito a sus propios ojos.
Sin embargo, la realidad se abrió camino en su conciencia, con la violencia de una cosa irrefutable.
¡SU MANO HABÍA SIDO SALVAJEMENTE CORTADA A LA ALTURA

DE LA MUÑECA Y LA SENSACION DE DOLOR QUE SENTÍA EN LOS DEDOS HABÍA SIDO EL ENGAÑO QUE SUFREN TODOS LOS MUTTLADOS!
¡Debía haber caído otra vez en manos rusas! Ahora su memoria le rindió el balance total de todo lo que le había acontecido desde su llegada a Gorki. Punto por punto, los acontecimientos desfilaron ante su mente como una proyección cinematográfica. Finalmente, los terribles instantes en que había terminado su caminata sobre el hielo, aparecieron como colofón a todo lo que podía recordar.
Después de aquel momento... la nada; un vacío en el que era inútil ahondar, ya que ningún recuerdo había quedado desde el preciso instante en que se desplomó sin fuerzas sobre la dura superficie de nieve helada.
Un profundo desprecio hacia si mismo se apoderó de él. El considerarse como una desdichada criatura que había caído en poder de los Soviets, convirtiéndose en un juguete para ellos, le causaba una indecible amargura. Nada había logrado finalmente y si sus compatriotas habían recibido su mensaje, nada podría alegarse en favor de que lo hubiesen interpretado de una manera correcta.
La amarga situación del fracaso le hizo estremecerse...
Al abrirse la puerta de la habitación en que se encontraba, pensó primeramente en cerrar los ojos, para que sus enemigos le creyesen dormido. Su idea la de lanzarse sobre el primero que entrase y matarlo o hacerse matar, ya que en aquel momento su propia vida había perdido toda su importancia.
- Señor Taylor.
La voz que había llegado hasta él poseía un tono amistoso que hizo que el americano abriese los ojos, terriblemente sorprendido.
Un hombre se hallaba ante él.
Era alto, fuerte, de una complexión robusta y completamente vestido de pieles. La hirsuta barba que le cubría el rostro estaba repleta de hilos de plata que demostraban que aquel hombre ya no era joven. Bajo las espesas y rebeldes cejas, los ojos, de un azul intenso, hacían tambalear el aspecto de fiereza que, en una primera ojeada, se hubiera podido colegir al mirarle.
- ¿Cómo se encuentra, señor Taylor? -insistió el desconocido.
Leo no sabia exactamente como contestar a aquella pregunta, cuya amabilidad le extrañaba en un enemigo. Porque no tenía la menor duda de que aquel hombre era un ruso, o alguien al servicio de los soviets.
- ¿Quién es usted? -inquirió a su vez con un tono hosco en la voz.
- Me llamo François Lambert -repuso el desconocido, con una sonrisa que entrebrió sus labios.
- ¡Ciudadano soviético?

Lambert dejó escapar una breve risa.
- ¡Gracias a Dios, todavía no!
El cerebro de Leo estaba materialmente hirviendo. No podía entender absolutamente nada y llego a pensar -su profesión le había hecho tremendamente desconfiado- que aquel hombre barbudo se estaba burlando de el. No obstante, dominando la cólera que se estaba insinuando en el, preguntó con cierta tranquilidad:
- ¿Quiere decirme dónde estoy?
- ¿Por que no? Se encuentra usted en un destacamento francés en plena, Groenlandia. Le encontramos medio muerto hace ya cerca de un mes. El doctor Duplessy tuvo que amputarle la mano izquierda, que tenía usted completamente congelada, para evitar la gangrena que amenazaba invadir el brazo.
Un gesto de infinita tristeza se pintó sobre el rostro del agente secreto. El otro se percató inmediatamente de ello.
- Le aseguro que el doctor Duplessy es un maravilloso cirujano. Ni en los propios Estados Unidos hubiese usted podido evitar la amputación.
- Lo comprendo -el rostro de Taylor se animó con una sincera sonrisa-. No sabe lo que les agradezco todos los cuidados que me han dispensado. Debe perdonarme mi desconfianza inicial. Cuando entró usted aquí, pues creí que no había escapado aún de mis enemigos.
- Cuando le recogimos no podíamos explicarnos el motivo de su presencia en estas alejadas tierras. Hace ya bastantes meses que no podemos servirnos de la radio, porque nuestras baterías se estropearon de una manera estúpida. Luego, cuando oímos unas formidables explosiones, llegamos a la conclusión de que sus compañeros estaban realizando alguna experiencia nuclear en Groenlandia. ¿No es así?
Leo se incorporó vivamente, mostrando a Lambert un rostro demacrado por la palidez que le había invadido en aquel momento.
- ¿EXPLOSIONES NUCLEARES?
- Si, señor. Nuestros contadores de radiactividad impresionaron la existencia de partículas en la atmósfera. He de confesarle que nos sentimos defraudados por la falta de delicadeza que constituía el no habernos prevenido. Todo el mundo conoce nuestra presencia aquí.
- ¿Cómo quiere usted ser avisado por los que han provocado seguramente una catástrofe mundial? ¡Son los soviets, amigo mío, los que van venido a estas tierras para proceder a un ataque, cuyo procedimiento desconozco, contra toda Europa!
- ¿Rusos en Groenlandia?
Pero Taylor no le escuchaba ya.
- ¡Debo salir inmediatamente de aquí! Sea como sea, estoy obligado a continuar mi investigación hasta que logre esclarecer las diabólicas maniobras de esos canallas.
Se estaba vistiendo rápidamente, con cierta torpeza a que le obligaba

la falta de su mano izquierda. A pesar de que sentía una enorme debilidad, se sobrepuso formidablemente.
Salió de la habitación, seguido por Lambert, que temía por la razón de aquel americano que parecía no darse cuenta del lugar en que se encontraba. Después de atravesar un largo y estrecho pasillo, Leo penetró en una amplia estancia, con una mesa en el centro, a cuyo alrededor estaban sentadas tres personas que se levantaron inmediatamente.
François, que se había adelantado, efectuó las presentaciones.
- Aunque ya le conocéis todos, he aquí en carne y hueso a nuestro huésped, Leo Taylor, ciudadano norteamericano.
Señalo después a un hombre delgado, de cerca de dos metros de altura y con cara y gestos aniñados.
- Este es el doctor Duplessy, que le operó. Nuestro especialista en meteorología, señor Blanchard -señaló la la masa bajita y obesa del interpelado-, y ésta es Jane, mi hija...
Dominando la prisa que se había apoderado de él, Taylor accedió la sentarse junto a sus amables salvadores. Confiadamente, ya que nada tenía que temer de aquella gente, les contó los acontecimientos que se habían producido desde su salida de Washington. Una terrible emoción se pintó en el rostro de sus ayudantes a medida que su relato avanzaba.
Aquellos heroicos investigadores científicos habían permanecido en la más completa ignorancia de todo lo que se estaba desarrollando sobre la superficie de la Tierra. Para ellos, fuera de los datos que iban recogiendo, para entregar la la Humanidad un estudio completo de una gran cantidad de problemas pendientes, nada había tenido interés.
- ¡Es espantoso! -exclamó la hija del jefe de la expedición.
- Lo importante ahora -siguió diciendo Taylor- es investigar exactamente lo que han hecho los rusos en Groenlandia. Todas esas explosiones que ustedes han oído significan alguna cosa y nada buena para los países libres del mundo. Mi deber es el de proseguir mi tarea hasta el final.
Los tres franceses habían bajado la cabeza y las arrugas que se marcaban sobre sus rostros indicaban que sus mentes estaban concentradas en profundos pensamientos. Finalmente, Lambert rompió el penoso silencio que había caído sobre los presentes.
- Tenemos dos trineos con equipos completos de perros. Eso no nos serviría para nada en esta época del año. Pero, por fortuna, poseemos aún un vehículo "sky", cuyas baterías no hemos querido utilizar por si se nos presentaba alguna situación peligrosa. Los depósitos de gasolina deben estas repletos hasta los bordes. -Miró a sus dos compañeros-: Nosotros, como franceses, estamos obligados a defender los intereses

de las naciones occidentales. Uno de nosotros puede quedarse aquí con mi hija, mientras el resto investiga en compañía del señor Taylor. Los conocimientos que poseemos de la topografía de Groenlandia le serán de gran utilidad; además, recuerdo que tomamos datos sobre la dirección en que se produjeron las explosiones atómicas.
Los ojos de Leo brillaban intensamente. Después de todo, tras las fatigas y los dolores pasados, la hora del desquite se acercaba.
- Podemos partir cuanto antes. -Después, acordándose de algo muy importante, agregó-: ¿Tienen ustedes armas?
- Poseemos "rifles-ametralladores” con suficientes municiones. -Y con una sonrisa-: Todos nosotros somos excelentes tiradores.
- Incluida yo -intervino Jane.
Su padre se volvió vivamente hacia ella.
- Pequeña, me parece haber dicho que te quedabas aquí.
- ¿Crees, papa, que no siento como tú la necesidad de ayudar a mi país? Si me dejas aquí, con quien sea, burlaré su vigilancia y os seguiré con uno de los trineos.
Taylor creyó llegado el momento de intervenir.
- Perdone usted, señor Lambert, pero mi opinión es que no dejemos abandonada aquí a su hija. Desconocemos totalmente los planes del enemigo y dos personas solas en este lugar podrían sufrir las consecuencias de nuestra propia acción. Por otra parte, le prometo solemnemente que la señorita Jane no intervendrá en la lucha, ya que dejaremos el vehículo "sky" a una distancia respetable de donde se encuentren los rusos.
La joven le dedicó una encantadora sonrisa de agradecimiento. Finalmente, el jefe de la expedición se mostró conforme con la idea del americano.
Tres horas después, envuelto en la indecisa noche ártica, el vehículo partía velozmente hacia el Sur.

* * *

¡AMÉRICA SE HABÍA SALVADO!

Durante casi una semana, una densa bruma, de una humedad intensa, cayó sobre los Estados Unidos de América, haciendo pensar a sus habitantes en el clásico clima londinense. Pero, después, el sol invernal volvió a lucir plenamente, devolviendo la confianza a las gentes y borrando las huellas que el temor había puesto en su rostro.
Toda la prensa estadounidense clamó la victoria conseguida por sus ejércitos en aquella batalla contra las fuerzas de la Naturaleza que un diabólico poder había desencadenado. El público manifestó ruidosamente su alegría y su adhesión a las Autoridades que habían

sido capaces de conjurar un peligro de una categoría gigantesca y que había amenazado al país con una destrucción total.
Aquella mañana -el mes de octubre estaba agonizando-, Robert Sharpstein se hacía conducir al Pentágono. Sentado cómodamente en el sillón, de anchos brazos, que ocupaba la parte posterior de su coche, tenía ambas manos fuertemente cerradas sobre una voluminosa cartera de cuero negro, que constituía su más preciado tesoro.
Una sonrisa ornaba su rostro. Estaba seguro que los documentos que encerraba en su cartera iban a hacer estallar una verdadera bomba en pleno Pentágono. ¡Se acabarían para América las situaciones indecisas y se aclararían definitivamente las medidas que habrían de tomarse para que la Historia prosiguiera su camino!
Robert se hizo conducir inmediatamente ante el Secretario de Estado. Laurence le recibió inmediatamente.
- ¿Algo nuevo? -inquirió.
Por toda respuesta, Sharpstein extrajo el contenido de su voluminosa cartera y dio a leer a Lipscomb la serie de documentos mecanografiados que había llevado consigo. Durante más de dos horas, Laurence leyó atentamente todas aquellas informaciones que procedían del Cuartel General de Porter y que reflejaban los resultados de las informaciones realizadas por las Fuerzas Aéreas de la U. S. A.
- ¡Mil demonios! -exclamó al final de la larga lectura.
Su rostro manifestaba claramente la cólera que le dominaba. Sus ojos brillaban con unas luces amenazadoras, mientras sus puños cerrados lo estaban con tanta fuerza que los nudillos habían palidecido intensamente.
Mordiendose los labios, descolgó el microteléfono y ordenó que le pusieran en inmediata comunicación con el Presidente. Luego, refrenando el impulso de su voz colérica, explicó el contenido desconcertante de todos los documentos que había leído.
Algo debió decir el Presidente que produjo un cambio brusco en la fisonomía del Secretario de Estado. Una sonrisa se dibujo en sus labios y cuando colgó el microteléfono su rostro estaba radiante.
- ¡Ahora verán! -exclamó.
Inmediatamente después oprimió la palanca del dictáfono.
- Tome nota de ese mensaje urgente que debe ser enviado por la onda especial para estas comunicaciones -hizo una pausa-. "El Gobierno de los Estados Unidos de América se considera, a partir de este día, en estado de guerra con la Unión Soviética y con todos aquellos países que hagan causa común con ella. Este estado de guerra no podrá llegar a un término, hasta que se produzca una demanda de rendición incondicional por parte del Gobierno ruso o de las Autoridades competentes que los representen en dicho momento. Además y para aclarar este estado de guerra, que será radiado a todo el mundo,

acusamos a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de haber provocado, sin previa declaración de guerra, una catástrofe que ha costado la vida a la mayor parte de los habitantes de Europa. Firmado...
Corto la comunicación del dictáfono y volviéndose hacia Sharpstein.
- ¡Ahora ya puedo respirar tranquilamente! Todavía no sabemos como se han arreglado los rusos para realizar su ataque. Pero, una vez demostrada su culpabilidad, ahora podrán enterarse de algo que hace ya muchos años necesitábamos demostrarles. Vamos a la sala de proyecciones.
Sentados en las cómodas butacas, ante la enorme pantalla de televisión, fumaron cigarrillo tras cigarrillo, esperando que las noticias especialmente importantes empezasen a llegar.
Les convenía el silencio que guardaban. Muchos problemas planteaba la nueva situación, y los dos hombres, cada uno con la responsabilidad de su importante cargo, preferían ensimismarse en sus propios pensamientos, en espera de cosas concretas que resolver.
La pantalla se iluminó repentinamente y apareció en ella la imagen del comandante jefe de Transmisiones Televisadas.
- Acabamos de captar un mensaje procedente de la Unión Soviética.
Laurence oprimió una palanquita que tenía sobre uno de los brazos del sillón que ocupaba y ponía en marcha un dictáfono conectado con la Sección de Transmisiones.
- Comuníquenoslo.
La figura que se veía en la pantalla asintió con la cabeza. Luego, apoderándose de un papel, empezó a leer.
- "La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas condena ante el mundo la declaración dé guerra cursada por los Estados Unidos de América. Como tenía que ocurrir, ha sido un país capitalista el que ha desencadenado la tercera Guerra Mundial. Que nadie crea que nuestras armas misteriosas serán vencidas. Y aquellos que nos acusan de haber provocado el fenómeno natural, que ha recibido el nombre de la Invasión de los Hielos, queremos manifestarles que no ha sido obra de nuestros hombres de Ciencia. Pero que nuestros adelantos en física nuclear pueden hacer que ese fenómeno del que nos acusan, sea realmente orientado por nuestra mano. Por lo tanto, damos un plazo máximo de doce horas para que los Estados Unidos de América y todos los países que formen causa común con ellos, depongan las armas y retiren la declaración de guerra, manifestando las correspondientes excusas al pueblo y al Gobierno de la Unión Soviética. Si tal cosa no se produce, haremos que el océano Atlántico entero se vea invadido por una nueva formación de témpanos que destruirán totalmente el continente americano. Firmado: Sba Latimof, Consejero del Soviet Supremo.”

La pantalla se apagó inmediatamente, mientras las luces de la Sala volvían a derramar su luz blanquecina sobre los dos hombres.
- ¡Lo de siempre! -exclamó Laurence.
Seguidamente y con Sharpstein a los talones, salió del Pentágono y se hizo conducir al edificio del Estado Mayor Central. Una vez ante el general Porter.
- ¿Conoce usted la totalidad de los hechos? -inquirió el Secretario de Estado.
- Completamente, señor -repuso el militar-. Todas las medidas han sido ya tomadas y hemos adoptado el "Plan B" para proceder al ataque del enemigo. Solamente esperaba sus órdenes para ponerlo en práctica.
- Obre como si las hubiese dado ya.
El general se apoderó de uno de los teléfonos inmediatos, y con voz firme:
- "Plan B", en ejecución. Las formaciones de bombarderos atómicos "alfa", "beta" y "gama" pueden salir hacia sus objetivos. Comuniquen a la flota del Mediterráneo que proceda a un inmediato desembarco en la región de Odesa. La flota del Pacifico bloqueará las costas chino-soviéticas, mientras las escuadras de numeración impar, situadas en las Bases orientales, procederán al bombardeo de los objetivos señalados en el "Plan B". Exijo comunicación inmediata de los resultados de las explosiones nucleares de Moscú, Gorki, Rostov y Kiev, así como en la región hidroeléctrica de Dniepropetrovsk. En cuanto a la zona asiática, me interesa los resultados de las acciones contra Vladivostok, Peiping, Tlentsin, Nankin, Shanghai, Cantón. Observación aérea intensa en toda Indochina. Vigilancia intensa en la India, con comunicación directamente amenazadora al gobierno de Nueva-Delhi. Que las fuerzas terrestres situadas en Egipto, Turquía, Siria, Irán, Iraq y las reservas de Arabia se pongan en movimiento inmediatamente hacia el Norte, siguiendo las instrucciones del "Plan B", comunicando constantemente su progresión. -Hizo una pausa-. En cuanto a las Fuerzas Navales y Aéreas del Norte de los Estados Unidos, Canadá y Alaska concentraran sus esfuerzos en la vigilancia y represión enemiga, viniendo a través de la zona polar. Al mismo tiempo, patrullas especiales, dotadas del armamento que hemos utilizado en la última operación contra los hielos, cortaran todo posible avance de nuevas formaciones de témpanos, para lo que operaran a partir de Islandia y de las bases aéreas situadas en los portaaviones de la flota atlántica. -Se volvió hacia el Secretario de Estado-: ¿Alguna cosa mas, señor?
Laurence sonrió enigmáticamente.
- Nada mas, general -repuso. Luego, dirigiéndose a su acompañante-. Vámonos Sharpstein.

CAPÍTULO VIII

El vehículo "sky" se deslizaba rápidamente sobre la superficie helada. Por su popa, un ligero vaho de vapor originado por la temperatura de su tubo de escape dejaba en pos del vehículo una huella nebulosa que el aire frío concretaba durante largo rato.

Al volante, François Lambert seguía atentamente la ruta que desde un principio se había propuesto. Según las anotaciones que había consultado antes de ponerse en marcha, las explosiones nucleares se realizaron en la costa Sur de Groenlandia, al extremo meridional de la costa de Federico VI.

Groenlandia, para él, era un país conocido. Desde hacía cerca de cincuenta años, las expediciones francesas habían recorrido las invisibles rutas de la isla, realizando estudios geológicos y sobre todo meteorológicos, que servían de guía a las rutas aéreas comerciales. La estancia de franceses en Groenlandia se había convertido en un hábito que satisfacía a todo el mundo.

Entretanto, Taylor, sentado al lado de Lambert, examinaba la cuestión desde su punto de vista. Nada sabía aún de lo que aquel fantástico viaje le revelaría; pero una rara intuición le hacía prever que algo muy importante se encontraba al final de su ruta...

Dentro del vehículo "sky", cuya hélice posterior no cesaba de girar a gran velocidad, sirviendo de propulsor al mismo tiempo, una persona tenía sus sentidos concentrados en el agente especial. Jane Lambert veía en aquel hombre un ejemplo de lo que ella había soñado como "Príncipe Azul". Todo en Leo, la simpática arrogancia, la voluntad de lucha y la maravillosa manera de sentir el patriotismo la habían impresionado profundamente. De un golpe de magia, la importancia de los trabajos que en compañía de su padre y sus compañeros estaba realizando en aquellas heladas tierras, había desaparecido como por ensalmo.

Para la joven, la lucha empezaba a significar algo muy parecido a lo que hacía Leo. Una misión peligrosa, dentro de territorio enemigo y una milagrosa escapada de la muerte; todo ello digno de un héroe como aquel hombre.

De vez en cuando, François detenía el vehículo para aplicar una varilla de metal ultrasensible, acoplada a un "sonar". Así podía determinar la inexistencia de peligro en los treinta kilómetros que seguían la interminable ruta. La gruesa capa de hielo que formaba el suelo era un elemento natural que permitía la propagación de ondas sonoras con una fidelidad extraordinaria.

Alrededor de los viajeros, un panorama idéntico y esencialmente

monótono transcurría siempre. La vista llegaba a fatigarse ante una igualdad tan obsesionante que, fuera de la natural sensación de marcha del vehículo, hacia parecer que no se movían permaneciendo inmóviles en aquella inmensidad de cegadora blancura.
- Pronto llegaremos a Pöskïi -murmuró François.
- ¿Pöskïi? -inquirió Leo.
- Sí. Se trata de un poblado de esquimales. Su jefe; Kha-Büt, es un excelente amigo y nos proporcionara una cantidad de preciosos datos. Además, como esa gente no inverna y se mueve aquí con una extraordinaria facilidad, es muy probable que tengan noticias recientes de la llegada de los rusos.
Después de contornear una especie de monstruosa muralla de hielo, cortada literalmente a pico, el vehículo "sky" disminuyó de velocidad. A los pocos instantes se detenía por completo.
- Es extraño... -murmuró Lambert en voz baja, como si hablase consigo mismo.
Bajaron del vehículo, seguidos por los otros dos hombres y la muchacha que iban sentados en la parte trasera. François se adelantó decididamente.
Al poco de caminar encontraron las chozas del poblado esquimal. Un silencio completo reinaba por doquier.
- Deben estar profundamente dormidos -volvió a decir Lambert.
Pero, por pura intuición, Leo se percató de que ni el francés creía en sus propias palabras.
En efecto, nada más entrar en la primera choza que encontraron se explicó, por sí mismo, el silencio que reinaba en el poblado. En el interior de aquella especie de cúpula de hielo, separada del exterior por una espesa piel de reno, no había mas que un montón de cadáveres que la temperatura había hecho conservar incólumes. Todavía se leía en los rostros el terror que había precedido a la horrible muerte...
François se había detenido en el umbral, incapaz de penetrar en el interior. Por el contrario, Taylor, que había entrado, estaba agachado junto a los cadáveres. Había allí un hombre, una mujer, y dos niños de corta edad vilmente asesinados...
Los expertos ojos del agente secreto inspeccionaban todo. Después de una ojeada detallada, su mano valida se adelantó para apoderarse de un pequeño objeto brillante que se había introducido entre la pared de hielo. Luego de escarbar con las uñas, el objeto cayó en la palma de la mano.
Incorporándose, el americano se acercó a Lambert.
- No hay duda alguna -dijo, mostrándole el proyectil-; se trata de un "Fedov".
- ¿Un "Fedov"?

- Sí. El último modelo de metralleta Soviética.
François cerró los puños con fuerza.
- ¡Canallas! -rugió con voz entrecortada por la cólera-. Kha-Büt y los suyos no eran más que unos infelices esquimales que nada sabían del mundo. Recuerdo cómo reían la primera vez que les proporcioné la alegría de hacerles una sección de cine. Se mostraron tan contentos como los niños europeos...
- No se extrañe de nada -afirmó Leo-. Para esas gentes, todo lo que no sea conseguir sus fines carece de importancia. Lo necesario ahora es proseguir nuestra marcha. Ardo en deseos de vengar a estos pobres esquimales.
Una vez de nuevo en el vehículo, François aumentó la velocidad como si el hecho de ir más deprisa fuese la única cosa que pudiese calmarle los nervios.
De repente, cuando menos lo esperaban, una luminosidad lejana aún se mostró en el horizonte. Allá lejos, al Sur, alguien había establecido un colosal campamento.
- ¡Allí están! -rugió Leo.
Avanzaron mucho más lentamente. Toda clase de precauciones debían ser aplicadas para evitar el ser descubiertos antes de tiempo. Lambert hubo de hacer verdaderos esfuerzos para dominar la impaciencia que le quemaba.
Finalmente, bajo una indicación de Taylor, el francés detuvo el vehículo "sky". Él, Leo y el grueso Blanchard descendieron prestamente a tierra. Una vez fuera, los otros dos les siguieron.
- Es mejor que sea el doctor el que se quede contigo, Jane. Si algo malo nos ocurriese, tendríamos siempre alguien para curarnos.
La muchacha se lanzó a los brazos de su padre. Después, estrechó las manos de los demás. Al llegar a Leo, este se vio obligado a dejar su rifle apoyado contra su cuerpo para poder extender su única mano a la joven.
- ¡Oh, perdone! -exclamó ella ruborizándose.
- No se preocupe, señorita -repuso vivamente él, sin dejar de oprimir suavemente los delicados dedos de ella.
Por primera vez se percató de la belleza de Jane. La joven, de dorados y cortos cabellos, cuyos rizados extremos le salían por los bordes de piel de su gorro, poseía un real encanto. El ovalo era perfecto y el contraste del blanco color de la piel con el rondo negro de los ojos aumentaba, en lo posible, la delicada expresión virginal de Jane.
- ¡Vamos! -musito Lambert.
La mano de Leo se desprendió de la de la muchacha. Luego, sus ojos se clavaron en los de su padre, François sonreía amistosamente. Nada de todo aquello podría proporcionarle otra cosa que una gran dicha.
De pie, junto al vehículo "sky", el doctor y Jane contemplaron la

marcha de los otros. Los labios de la muchacha se movían en una muda plegaria. Permanecieron así durante una larga hora. De vez en cuando se golpeaban las manos rudamente para aumentar la circulación de la sangre. El frío era intensísimo y una especie de vendaval helado barría aquellos parajes.
Pero ni Jane ni Duplessy se mostraban dispuestos a abandonar su observación. Hacía mucho tiempo que la noche se había tragado a sus compañeros, pero ellos permanecían allí escuchando atentamente en medio de aquel silencio sobrecogedor.
Inopinadamente, una larga ráfaga rompió la tranquilidad que les rodeaba. Seguidamente el escándalo de un furioso combate se dejó oír allá en el horizonte.
- ¡Dios los asista! -exclamó fervorosamente la joven.
La mano nerviosa del doctor se apoderó de su brazo.
- ¡Vamos, Jane! -exclamó con una voz que la emoción hacia sonar en falsete-. Debemos avanzar un poco con el vehículo para estar más cerca de ellos. No puedo permanecer aquí tranquilamente mientras se baten contra esos bárbaros.
Jane asintió vivamente con la cabeza. Momentos mas tarde, el vehículo "sky" avanzaba a moderada velocidad. Duplessy le hizo describir un círculo para evitar el acercarse demasiado al lugar en que se luchaba. Avanzaba con los faros apagados y con la mirada fija en la claridad lejana del campamento soviético, en el que unas luces fugaces indicaban los disparos.
Una intensa emoción se iba apoderando del corazón de Jane. A medida que las detonaciones llegaban hasta ella, los latidos del corazón se aceleraban con una intensidad creciente.
Lo que ocurrió entonces no pudo ser, en forma alguna, evitado. Mucho antes que el doctor Duplessy se percatase, la parte delantera del vehículo "sky” se hallaba ya en el aire. De esta forma, el frenazo brutal que, como última reacción, dio, no sirvió absolutamente para nada. El vehículo, después de inclinarse peligrosamente, se deslizó violentamente por la rampa que se abría bajo él.
- ¡Es una brecha! -gritó el médico.
Jane se había llevado las manos a la boca para intentar ahogar el alarido de terror que pugnaba por brotar de su garganta. Pero no lo logró. Y en la negrura, incierta de la noche ártica, un grito de horror rasgo el silencio impresionante que reinaba por doquier.
Finalmente, el vehículo "sky" saltó al vacío y cayó entre las tinieblas de las profundidades heladas que le rodeaban.

* * *

Tremendamente pálido, con sus gordezuelas manos movidas por un

temblor atroz, Ivanssow, sentado en su sillón, a trescientos metros de profundidad bajo Gorki, abría sus enormes ojos en los que brillaba una luz de pánico imposible de dominar.
Paseando incesantemente ante él, Sba Latimof se mordía nerviosamente los labios. Sus agudos ojos de rata lanzaban chispas de una cólera mal contenida. De vez en cuando se detenía para mirar fijamente al dictador. En aquellas ocasiones sus pupilas destilaban una evidente luz de desprecio que no podía evitar.
Habían pasado los tiempos de completa sumisión y ahora, en el espíritu de Sba, la cruda realidad estaba abriendo un camino en el que se definía, lentamente, su postura de una forma definitiva.
El altavoz cortó sus pensamientos.
"Moscú ha resultado casi completamente destruida. Odessa ha sido totalmente ocupada por el enemigo."
Eran noticias secretas, especialmente dirigidas a ellos, y, por lo tanto, cruda y llanamente expresadas, sin ambages ni disfraces.
El dictador temblaba en todo su cuerpo. Su angustiosa mirada no se separaba ni un solo instante de la delgada imagen de Latimof, que seguía moviéndose nerviosamente en un inacabable paseo a través de la amplia estancia.
Inopinadamente cesó su marcha y acercándose al dictáfono dio un golpe seco y brusco a la palanca.
- ¡Oiga! Si. Comunique a la Base de los Hielos para que desencadenen la totalidad de la "Operación Blancura". ¡He dicho que sí! Que los hielos invadan la totalidad del Atlántico.-Una pausa-. ¿Están preparadas las escuadrillas? ¡De acuerdo! ¿Que que ciudades, imbécil? ¡Todas! Que empiecen por New York, San Francisco, Boston, Chicago.-Un instante de silencio, durante el cual escuchó a su invisible interlocutor-. ¿Washington? ¡Doble carga de hidrógeno!
Dio a la palanca. Luego, volviéndose hacia el dictador:
- ¡Ahora verán esos cerdos! Destruiremos sus ciudades y convertiremos América en una zona desértica y helada. Ni un solo americano sobrevivirá y, si alguno tiene la suerte de escapar... lo fusilaremos.
Apretó las mandíbulas hasta que los dientes rechinaron sonoramente en una expresión de odio demoníaco.
¡Sería el dueño de Rusia!
Nada podría detenerle y menos que nadie el propio dictador. ¡Él sabría llevar la guerra hasta hacer que los Occidentales hincasen las rodillas demandando misericordia!
"¡La Base de los Hielos al habla, camarada!"
Se acercó al intercomunicador. Al apretar el botón de la puesta en marcha, una turbia sonoridad invadió la estancia. La comunicación, mezclada de mil ruidos que los "parásitos" producían, llegaba dificultosamente. Sin embargo, la cínica voz de Tupriek consiguió

hacerse oir claramente.
- ¡A tus órdenes, camarada Latimof!
- ¡Hola, Tupriek! ¿Cómo van las cosas?
- ¡Perfectamente! Todas tus consignas han sido cumplidas a rajatabla. Una vez que mis hombres y yo aprendimos a manejar el "fosforohidrogenol", eliminamos a los sabihondos. ¿De acuerdo?
- ¡Muy bien, Tuprlek!... Ahora necesito que hagais reventar esa maldita isla; los "yankees" han destruido Moscú y ocupado Odessa. Las noticias de la China no son mejores. ¡Quiero que los hielos cubran las ruinas de las ciudades americanas que nuestros bombarderos atómicos van a destrozar! ¡No quiero que quede con vida un solo americano! ¡Que toda esa maldita raza desaparezca para siempre!
- Entendido, camarada Latimof. Haremos estallar la totalidad de los explosivos que nos quedan. Una vez que hayamos realizado el trabajo, te lo comunicaremos desde el aire, pues provocaremos la explosión desde uno de nuestros aviones.
Hubo una pausa.
- Si logras lo que deseo, conseguiré lo que me pidas.
- Así se hará, camarada Sba.
La comunicación se cortó.
Durante unos instantes, el ruso se quedó mirando la negra y raída superficie circular del altavoz de la que habían brotado las lejanas palabras de Tupriek. Después, dirigiéndose a Ivanssow:
- ¡Puerca criatura! -rugió-. Hasta que yo llegué junto a ti, las necedades cometidas por tus anteriores favoritos habían debilitado de tal manera el país que ahora, por culpa tuya, estamos ante una situación peligrosa que no tiene igual en la historia del mundo... ¡No sé cómo me contengo y no te ahogo como a un cerdo inútil!
La voz del otro se dejó oir entre los sollozos que conmovían su voluminosa y grasienta personalidad.
- ¡Ya sabes que haré lo que tú quieras, Sba!
Éste, acercándose al dictador, le escupió en la cara.
- ¡La mitad de Rusia esta destruida! Gorki no ha escapado a las bombas nucleares del enemigo y nosotros nos hemos salvado gracias a estar a trescientos metros de profundidad de la ciudad, que ha quedado convertida en humo y polvo.
Ninguna criatura humana habría expresado un odio tan atroz como el que movía convulsivamente el rostro del favorito.
- ¿Crees que nuestros aviones lograrán llegar a los Estados Unidos? ¡No y mil veces no! Si no poseyésemos la Base de los Hielos, estaríamos perdidos... ¡La aviación soviética! -lanzó una soez ristada-. Más de cien mil aparatos destruidos en los aeródromos de una manera estúpida... ¿De qué nos han servido las enseñanzas de la última guerra? ¿Dí?... ¡Yo puedo explicarte el motivo! ¡Tú has ido

nombrando a todo lo mas inútil, a lo mas abyecto, colocando a imbéciles e ineptos en los puestos de más responsabilidad! ¡Nadie creía en la guerra! Y cuando la provocamos, todos temblaron porque sabían que sus defectos y sus traiciones saldrían a relucir en pleno día. -Hizo una pausa y acercándose más a Ivanssow, hasta pegar casi su rostro al del otro-. ¿Sabes cuantos amigos tuyos he mandado fusilar en estos días? ¡'Todos!..., ¿entiendes?... ¡TODOS!
Sus dos manos, sucediéndose rápidamente, empezaron a abofetear las gruesas mejillas del dictador.
Fue entonces cuando el altavoz rugió sonoramente.

"¡CAMARADA LATIMOF, LA BASE DE LOS HIELOS NO CONTESTA!"

Con las manos sobre el rostro, Ivanssow lloraba como un niño. Un brusco hipo sacudía su grasienta naturaleza.

CAPÍTULO IX

A medida que se iban acercando al campamento soviético, los tres hombres sentían que la presión que ejercían sobre sus armas se hacia cada vez más intensa.
El reducto que ocupaban los rusos era bastante extenso y estaba profusamente iluminado. Hubiese sido bastante raro que cualquier avión llegase a distinguir la luminosidad emitida por los focos. Además de la rareza de aquella ruta aérea, el miedo a los invisibles picos de los hielos obligaba a los pilotos a volar demasiado altos.
Una espesa alambrada rodeaba la totalidad del recinto. Desde el lugar en que los atacantes encontraron el obstáculo de alambre espinoso, gran parte del campamento era visible.
Un alargado barracón ocupaba el centro del círculo que formaba el recinto. A la izquierda, destacando sus grandes siluetas, tres gigantescos bimotores permanecían envueltos en telas protectoras que, a su vez, se habían cubierto de nieve.
Leo se extraño de no distinguir a ningún centinela. El campamento entero parecía desierto y nada demostraba la menor existencia de cualquier servicio de vigilancia.
Si no hubiese sido por la espesa columna de humo que brotaba de la chimenea del barracón, se hubiera colegido que sus ocupantes habían desaparecido por completo. Sin embargo, aquel humo invitaba la presencia de seres vivos que debían confiarse en la soledad del sitio que habían elegido para pasar completamente desapercibidos.
El asesinato masivo de la tranquila tribu de esquimales -únicos vecinos circunstanciales de los rusos- se explicaba ahora como una

criminal necesidad del silencio que jamás rompen los muertos.
- Necesito recorrer todo esto antes de aventurarnos -murmuró Leo.
De nada sirvieron las protestas de los otros.
Determinadamente decidido, el americano se abrió paso bajo las alambradas y apoyando su muñón en el suelo sujetando su rifle-ametrallador en la mano derecha, se arrastró silenciosamente marchando directamente hacia el lugar en que se encontraban los aviones.
Lambert y Blanchard se mantuvieron ocultos. Su nerviosismo fue en aumento a medida que los minutos pasaban. Comprendían perfectamente que sólo un hombre como Taylor era capaz de proceder adecuadamente en aquella misión en la que era necesario introducirse en el interior del campamento sin llamar la atención del enemigo.
Por su parte, e intentando disminuir la tensión nerviosa que se iba apoderando de él, François intentaba analizar el efecto que el agente secreto había hecho sobre Jane. Amaba a su hija, en la que había concentrado todo el cariño que, antes de la muerte de su esposa repartía entre ambas.
Desde aquel trágico instante en que quedó viudo, no había consentido separarse ni un solo momento de la única cosa que le quedaba en la vida: su pequeña Jane. Y prefirió llevarla consigo en sus peligrosas exploraciones antes de dejarla en París.
Muchas veces se había fustigado a sí mismo, acusándose de egoísta. Pero la forma en que había reaccionado la muchacha le convenció muy pronto de que ella deseaba tanto como él estar a su lado.
Intimamente se sentía feliz por la elección que acababa de hacer Jane. La personalidad de Leo era capaz de satisfacer al padre más exigente.
- ¡Lambert!
Se estremeció al oír la voz del hombre que ocupaba totalmente su espíritu.
El americano les llamaba desde el otro lado de la alambrada.
- ¿Qué hay? inquirió Blanchard.
- Vengan conmigo. Deben estar todos en el barracón. No he visto a nadie fuera.
Tomando el mismo camino que había servido a Taylor para introducirse en el campamento, los dos hombres estuvieron junto a su compañero en un santiamén.
- Usted y yo -dijo Taylor a Lambert- nos acercaremos en primer lugar; Blanchard formará nuestra retaguardia y podrá cubrirnos en caso de ataque por la espalda.
El nerviosismo les hizo avanzar rápidamente, ya que ambos hombres deseaban acabar con sus enemigos cuanto antes. Una vez junto al barracón, se pegaron al muro de madera y se adelantaron hacia la entrada.

Ninguna ventana daba al exterior. El silencio era verdaderamente impresionante.
- Voy a entrar yo primero.
Después de aquellas palabras, Leo desapareció de la vista de su acompañante y acercándose a la puerta, escuchó atentamente durante algunos minutos. Un rumor de lejanas voces, apagadas por la distancia, llegó hasta él.
Era indudable que los rusos estaban discutiendo acaloradamente en la parte mas profunda del barracón. Aquella circunstancia favorecía extraordinariamente los proyectos del americano.
Completamente confiado, procedió a abrir la puerta, después de levantar un pestillo que no ofreció dificultad alguna. Con la mano útil empuñaba el arma cuyo peso dificultaba un poco la posición que tenía que adoptar para tirar.
Encontróse en una habitación alargada en la que estaban dispuestas una serie de literas todas ellas completamente vacías. Al fondo se veía, a través de otra puerta entreabierta, un largo pasillo cuyo final no llegaba a divisarse desde el punto en el que se encontraba Leo.
Cuando empezaba a abrir la segunda puerta, un ruido ligero le hizo volver rápidamente la cabeza. De pie, en el umbral de la entrada del barracón, se hallaba Lambert.
- No podía resistir más ahí fuera -dijo.
- Ha hecho usted bien -repuso Taylor-. Esa gentuza esta demasiado distraída para oírnos.
El atravesar todo lo largo del pasillo les llevó muy pocos minutos. A medida que se iba acercando al final, las voces de los Soviets llegaban a ellos con una mayor precisión.
- ¡Vamos a acabar de una vez!
De una formidable patada, Taylor abrió violentamente la puerta, al tiempo que "regaba" el interior con una ráfaga de su arma. François disparó inmediatamente que pudo hacerlo sin herir a su compañero.
Uno tras otro, la decena de hombres que había en el interior, cayeron pesadamente. La sorpresa quedó grabada en su rostro y sus ojos, ya vidriosos, reflejaron el estupor de aquella muerte inesperada.
Leo Se precipitó sobre una mesa en la que reposaban una serie de documentos que, desde el primer instante, le parecieron interesantísimos.

¡ALLÍ ESTABAN LOS FANTÁSTICOS PLANES DE LA "OPERACION BLANCURA"!

Ávidamente, Leo recorrió todo lo que allí había escrito, estremeciéndose de horror a medida que iba penetrando en aquel terrible misterio.

¡Ahora se explicaba todo!
La demoníaca inteligencia de los poderes rusos había desarrollado y llevado a la práctica una horrible idea como aquella. La "Operación Blancura" consistía en ir destrozando, gracias al "fosforohidrogenol" grandes porciones de la isla más extensa del mundo: Groenlandia. Miles y miles de kilómetros cuadrados de hielo, con una enorme profundidad, serían desprendidos para que invadiesen las aguas del Atlántico, cayendo como una tromba sobre las tranquilas costas de Europa, tal y como había ocurrido.
Allí estaban también los planos del aparato manejado desde un submarino y capaz de vencer la resistencia que podía ofrecer el Gulf Stream a la implacable marcha de los témpanos hacia los Estados Unidos. Todo el plan desarrollado criminalmente por Tupriek, con la anotación de los resultados obtenidos hasta aquel instante.
Así pudo enterarse Taylor, con un estremecimiento de pavor, que Europa había sido completamente destruida y convertida en una inhóspita estepa en la que no había quedado nada con vida. También se enteró el americano del frustrado ataque de los hielos a las costas estadounidenses y, finalmente, de la declaración de guerra hecha por el Gobierno de los EE.UU. a la Unión Soviética.
Cuando acabó el escrito y hubo leído los planes rusos de volar la totalidad de Groenlandia para destruir la civilización americana, Leo sintió que una valiente idea nacía en su alma. El proyecto de Tupriek era de volver a Rusia después de hacer estallar las cargas de "fosforohidrogenol" desde el avión que iba a conducirle a su país.
Encerrando la totalidad de los papeles en una cartera que había junto a la mesa, Taylor la alargó a su acompañante.
- Tome, Lambert. Su obligación sera entregar esto a su Gobierno o a algún representante de los Estados Unidos, si acertase a pasar por aquí antes.
François le miró interrogativamente.
- ¿Qué quiere usted decir, Taylor?
- Voy a irme, amigo mío -repuso el agente secreto.
- ¿A dónde?
- A Rusia. Vuelvo allí para terminar definitivamente este asunto. Según los documentos que acabo de leer, el final de mi misión está en la ciudad de Gorki. -Se expresó como si estuviera hablando consigo mismo-. No basta declarar una guerra y destruir las ciudades para obtener la victoria, tal y como yo entiendo esa palabra. Hay que hacer mucho mas... El castigo debe caer sobre aquellos que, haciéndose obedecer ciegamente por hombres reducidos a la categoría de esclavos, se libran después de la pena que solamente ellos merecen.
- ¿Se refiere usted a los jefes soviéticos?
- Me refiero a uno de ellos. Un verdadero monstruo que ha llegado a

dominar la Unión Soviética a su antojo, haciendo caso omiso de la personalidad de un repugnante dictador que no es más que un muñeco en sus manos.
'Todas las advertencias que añoraban a los labios de Lambert murieron antes de nacer, al mirar aquellos dos ojos que desprendían una inequívoca luz voluntariosa que no se plegaria ante nadie.
Distraídos por la marcha de la conversación, ni el francés ni el americano se percataron de que uno de los hombres que creían muertos se iba moviendo lentamente hasta que logró sacar la pistola de su funda. Se veía claramente que aquel hombre tenía ya escrita la muerte en los ojos. Pero una voluntad más fuerte que el propio final le impelía a destruir antes de ser destruido.
En aquel momento, Blanchard penetró en el barracón. Después de echar una rápida ojeada al interior de la estancia, Lambert comunicó a su amigo y colaborador los descubrimientos realizados por el agente secreto y su enorme trascendencia, así como su deseo de terminar su misión en la Unión Soviética.
Salieron los tres, dirigiéndose hacia el lugar en que estaban aparcados los aviones. Una vez desprovistos de las telas que les protegían, Leo escogió uno de ellos, que parecía ser el de más reciente fabricación.
Momentos mas tarde, y después de haber logrado calentar los potentes motores, el aparato se elevaba majestuosamente, perdiéndose en la negrura de la noche y dejando en su pos un fantástico reguero de chispas.
- ¡Qué muchacho mas simpático! -exclamó Lambert.
- Y muy valiente -añadió Blanchard.
Salieron de la zona que servía de hangar y volvieron de nuevo a1 barracón en el que François había dejado la cartera de los documentos encontrados por el americano. Entraron confiadamente, sin darse cuenta que dos ojos inyectados en sangre se clavaban en ellos.
El disparo rasgo el aire, al tiempo que Blanchard se desplomaba pesadamente sobre el suelo. Rápido como una flecha, Lambert acribilló a Tupriek, que apuntaba ahora en su dirección.
Una bocanada de sangre brotó de entre los labios de Blanchard. Su rostro fue adquiriendo la palidez de la muerte.
- No sabes lo que me alegro de que me haya ocurrido esto a mí, Lambert -dijo con voz débil el moribundo.
Su compañero le miró con extrañeza.
- ¿Por qué dices eso?
Una sonrisa se dibujo en los labios de Blanchard.
- Es mejor que me haya ocurrido a mí -murmuró con una voz difícilmente audible- que a él... Yo... también... amaba... a... Jane.
Inclinó la cabeza sobre el pecho y después de estremecerse cesó de

vivir.
Cogiendo la cartera de documentos y con el espíritu repleto de antagonistas pensamientos, Lambert salió al exterior y elevando la mirada hacia el cielo, pareció seguir el invisible rumbo de un avión que se dirigía hacia Rusia.
En aquel preciso instante, UN ALARIDO HORRENDO DESGARRÓ VIOLENTAMENTE EL SILENCIO.
- ¡Jane, hija mía! -rugió transido de dolor.

* * *

Sobre las pantallas de "radar", todo a lo largo de la cintura de aparatos que protegía el Norte de los Estados Unidos y cuyas vanguardias estaban situadas en Canadá y Alaska, se llenaron de brillantes puntos que eran como brillos amenazadores que turbasen la homogeneidad traslúcida de las pantallas.
Inmediatamente, los cables del telégrafo y las ondas de la T.S.H. vibraron intensamente, sobrecargados de mensajes que llevaban, como común distintivo, la conocida frase de: "TOO SECRET." "¡DEMASIADO SECRETO!"
Así era, en efecto. La alarma corrió por los nervios metálicos de la defensa estadounidense avisando de la lejana presencia de los aviones soviéticos que, cargados hasta los topes de explosivos nucleares, venían a vengarse del ataque sufrido, días antes, por sus propias ciudades.
Miles de luces rojas se encendieron en todos los cuadros de señales de la enorme cadena dé aeródromos militares de los EE.UU. Las sirenas mugieron tristemente en las grandes urbes y las gentes corrieron alocadas para ocultarse en las entrañas de la tierra, incapaces de retener un pánico que hacía mella en el corazón de los más osados.
Una tras otra, como lanzadas por un potente arco que apuntase hacia el cielo, las escuadrillas de caza e intercepción surcaron el espacio en una vertiginosa marcha hacia el enemigo.
La consigna había sino dada con la violencia que exigía la terrible situación que se cernía sobre el país. ¡Había que derrumbar hasta el último aparato soviético antes que alguno de ellos consiguiese atravesar la frontera de la costa y descargar su mortífero cargamento sobre las tranquilas ciudades americanas!.
Aquella consigna iba grabada en el corazón y cerebro de cada uno de los pilotos. Sabían que el regreso no sería fácil y que lo que con toda seguridad ocurriría iba a consistir en una muerte allá arriba, a muchos metros de altura sobre la tierra, en el diáfano y azul espacio.
Precediendo a las vertiginosamente rápidas escuadrillas, los proyectiles tele-dirigidos rasgaban sonoramente el espacio dejando

tras ellos las luminosas estelas que proyectaban sus reactores.
Sobre las pantallas de "radar", los puntos luminosos iban aumentando de tamaño y de número, a medida que las ondas emitidas por los aparatos tropezaban con nuevos objetivos las brillantes imágenes llegaban a la pantalla que, en su mayor parte, estaba ya llena de aquellas constelaciones de muerte.
Héctor Bendix, que gozaba de un corto permiso en los Estados Unidos, había acudido rápidamente a formar parte de una de las escuadrillas que ahora se dirigían hacia las heladas regiones de Alaska. Sentado ante su piloto automático y con los ojos en la pantalla de "radar" de su aparato, el joven norteamericano deseaba ardientemente llegar cuanto antes al lugar por el que avanzaba el enemigo.
Desde la última vez, en que habla sido enviado a reconocer los territorios de la Europa oriental, no había tenido ocasión de ver la cara al enemigo. Y hablando con más certeza, jamás, desde el comienzo de las hostilidades, efectuó vuelo alguno en el que pudiese combatir con los aparatos soviéticos.
¡Ahora iba a resarcirse de todo aquello!
Las primeras muestras de la presencia de los rusos se tradujeron por las explosiones de los proyectiles tele-dirigidos que chocaban contra la primera oleada de los aviones soviéticos.
Lanzándose como una furiosa jauría, por los boquetes que habían abierto las explosiones, la caza americana penetró profundamente en el interior de las formaciones de bombardeo rusas.
Bendix, desconectando el piloto automático, comenzó a abrir un fuego de infierno contra aquellos enormes aparatos de reacción, en cuyas entrañas se alineaban las bombas nucleares. Debía maniobrar velocísimamente, tomando altura para evitar que, una vez hecho blanco, las explosiones del cargamento de los aviones soviéticos pudieran alcanzarlo.
El espectáculo era sencillamente dantesco.
Muy pronto empezaron a surgir del espacio los terribles "hongos", características formas de las explosiones atómicas. Disueltos en el aire, reducidos a un polvo impalpable, centenares de aviones, tanto rusos como americanos, que no habían logrado escapar del área de las explosiones, eran desintegrados por las armas dedicadas a las ciudades estadounidenses.
Héctor Bendix, sintiéndose desvanecer, debido a la enorme aceleración que llevaba su avión, había logrado salvarse de aquel infierno en el que rugía bestialmente la energía de miles de millones de caballos de fuerza.
Era imposible orientarse en medio de aquella espesa nubosidad que cubría todo. Gracias al aparato de "radar", los choques eran evitables; sin embargo, desligado del piloto automático, el avión, en manos

humanas, era incapaz de reaccionar con la seguridad que lo hacia bajo el poder de los mandos automáticos.
Un trozo de ala; una sombra gris que aparecía y desaparecía con una velocidad mil veces mas rápida que un relámpago. Apenas el tiempo de volver la palanca de dirección una sola décima de milímetro, lo que significaba un brusco cambio de rumbo de muchos metros, en una atroz carrera que no era más que el comienzo de una nueva ruta de invisibles peligros que había que evitar.
¡La muerte rondaba por todas partes!
Bendix estaba seguro que aquello era el final. Las posibilidades de salir con vida de aquel desencadenamiento bestial de las fuerzas de la Naturaleza eran tan mínimas que constituía una razonada lógica el no pensar en ello.
Héctor disparó a diestro y siniestro. A cada salva de cohetes que lanzaba, el aparato brincaba como si una misteriosa fuerza le impeliese hacia arriba, al hacerse mas ligero.
Después de describir una amplia curva, el avión de Bendix consiguió salir de la formación nubosa que le envolvía.
El ver de nuevo la luz del sol le proporcionó una sensación de bienestar indecible. Era como si hubiese salido de la terrible noche del infierno; como si hubiera nacido de nuevo...
Fue en aquel momento cuando distinguió, mil pies más abajo, los dos gigantescos bombarderos soviéticos que habían logrado escapar al destructor fuego de los cazas estadounidenses.
Todavía se veía un aparato americano que desendía en barrena, debajo de ellos y envueltos en llamas.
Los dos monstruosos aviones, despidiendo ocho columnas de vapor por sus ocho turbo-reactores de que estaban dotados cada uno, avanzaban terriblemente juntos. Desde el punto de vista de Héctor, parecía como si sus negras alas se tocasen. Y sobre ellas y a ambos lados, las estrellas rojas de cinco puntas poseían un sangriento brillo.
Bendix se dispuso a "picar".
A pesar de su privilegiada posición no podía hacerse demasiadas ilusiones. Cada uno de aquellos monstruos estaba dotado de cerca de sesenta bocas de fuego -casi todos cañones- que formaban una verdadera barrera de acero, convirtiendo a los aparatos en erizos de muerte.
- ¡Lo intentaremos! -exclamó entre dientes.
Con aquel paliativo verbal intentaba engañarse a sí mismo, ya que nada ni nadie le impediría llevar a cabo su propósito... o morir.
Su mano derecha oprimió un botón. Inmediatamente el cuadro que señalaba la cantidad de proyectiles de los que disponía se encendió, mostrando una cifra que hizo lanzar al americano una exclamación de fastidio.

- ¡Diablo!
No era para menos. Había agotado completamente los proyectiles.
Durante unos segundos, muy pocos, permaneció intensamente ensimismado. Luego, mientras una sonrisa triste aparecía en sus labios, maniobró el aparato siguiendo el camino por el que ya habían desaparecido los aviones enemigos.
Aceleró al máximo...
Procuraba bloquear totalmente las protestas que iba haciendo en su espíritu su débil naturaleza humana. Sus pensamientos se concentraron en la Patria; en aquellas maravillosas ciudades de los Estados Unidos que no debían conocer el horror de una destrucción total; en las mujeres y niños que, en el interior de los refugios, lloraban y rezaban...
"Picó". La rabia se apoderó de él por completo y cuando su aparato empezó a vibrar, a resultas de los cientos de impactos que recibía, sus labios se movieron y empezó a cantar en voz alta.
Primero fue un ala, la izquierda, la que voló hecha añicos. Solamente la fantástica aceleración que impulsaba al avión impidió a éste que saliese de la fatal trayectoria que llevaba.
Luego, a los pocos segundos, la parte posterior del fuselaje se disolvió entre una humareda negra. Todo el aparato gemía como si su inerte materia aullase de un dolor imposible.
Un poco antes de chocar con los bombarderos soviéticos, una ráfaga le mató. Su cuerpo, al compás de los proyectiles que lo atravesaban, se sacudió en un estremecimiento horrible.
Pero, si alguien hubiese podido distinguir su rostro, en el preciso instante en que las cargas atómicas de los aviones rusos saltaban en el aire, se hubiera sorprendido de seguir viendo, en sus labios ya exangües, una simpática sonrisa de triunfo.

CAPÍTULO X

El avión se posó, en la turbia luz del amanecer, sobre el aeródromo militar de Gorki.
Mientras los mecánicos acudían para hacerse cargo del aparato, Taylor, que seguía vistiendo el uniforme ruso que había robado, y cuyo aspecto, con lo sucio y roto, correspondía perfectamente al de un Oficial en campaña, devolvió rápidamente el saludo que le hacía la guardia del aeropuerto y se dirigió seguidamente hacia la ciudad.
La distancia que separaba el campo de la urbe excedía ligeramente de los tres kilómetros. Pero, por lo que pudo ver Leo, no había ni el menor asomo de vehículo que pudiese utilizar para trasladarse a la ciudad. Así, decididamente, avanzó a pie.

Antes de llegar a Gorki, la luz del día se vertía a raudales por doquier.
Taylor se quedo boquiabierto. Unos instantes, intentó dominar la sensación de horror que sentía penetraba en su espíritu como la larga y fría hoja de un cuchillo. La angustia aceleró los latidos de su corazón, dificultando ostensiblemente su respiración.
El indescriptible infierno que le rodeaba le hizo estremecerse. Nada había ante sus ojos que no fuesen ruinas humeantes, enormes extensiones estériles, negruzcas superficies calcinadas.
¡Gorki había desaparecido de la superficie de la tierra!
Una soledad casi absoluta reinaba sobre aquel caos de restos imprecisos. Y, por encima de la soledad, planeaba un silencio que ofrecía la profundidad que debe poseer en lo hondo de las tumbas.
En su camino hacia el objetivo que se había propuesto, se cruzó con muy pocas personas: soldados y civiles, en cuyos rostros se veía la misma y unánime desesperación; una profunda congoja y una honda sensación de derrota.
Del rascacielos no había quedado nada; apenas algunos informes montones de escombros entre los que asomaba uno u otro hierro retorcido como si fuese el muñón metálico de un brazo que demandase auxilio.
Por el lado Oeste del edificio se veía que habían trabajado mucho desde el bombardeo. Gran parte de los escombros habían sido apartados, dejando un ancho pasillo capaz de permitir la circulación de autos y peatones. Al final, en medio de un rectángulo de grandes dimensiones, se abría una entrada que debía comunicar con los sótanos. Dos centinelas, armados de fusil, con bayoneta calada, guardaban aquella entrada.
Leo dudó un tanto mientras pensaba en la forma de penetrar allí. La cuestión no le parecía nada fácil. Pero tampoco, una vez llegado hasta allí, debía detenerse ante cualquier obstáculo, por muy duro que fuera éste.
Decidióse a jugarse el todo por el todo.
Avanzando, erguido y mirando al frente, poseía un aspecto imponentemente marcial. Se había doblado la manga izquierda para que su muñón, amoratado por el frío, se viese bien. En el fondo, le asqueaba horriblemente aquella exhibición de una desgracia a la que no se había acostumbrado demasiado bien.
Pero era necesario hacerlo así.
Íntimamente inquieto se acercó a la entrada que le conduciría al siniestro lugar en que había penetrado ya una vez. Sin perder aparentemente ni un ápice de la arrogancia que procuraba ostentar, se dirigió directamente a la entrada clavando los ojos en los centinelas.
Éstos dudaron un instante, pero arrebatados por la flamante personalidad de aquel oficial y ciertamente conmovidos por el muñón

que salía fuera de la bocamanga, se cuadraron rígidamente en un saludo con el que querían demostrar su admiración hacia él.
Después de descender media docena de escalones, Taylor se encontró en uno de los pisos subterráneos en donde, por culpa del bombardeo, terminaban ahora los trayectos de los ascensores. El contraste entre la riqueza que lucía allí y la espantosa desolación de lo que había quedado de la ciudad, era demasiado fuerte para no percatarse de las diferencias establecidas, desde un principio, entre Gobierno y pueblos rusos.
Tampoco los ascensoristas se fijaron mucho en él. Se veía claramente en su rostro las huellas del miedo que les produjo el fantástico bombardeo nuclear. Sus semblantes tenían un color terroso, cuyo origen no podía equivocar a un hombre como Leo.
Una vez en la planta baja, se fijó inmediatamente en una de las puertas ante la que se paseaban media docena de soldados armados de metralletas.
Allí estaba el verdadero obstáculo. La primera y última barrera sería que podría llegar a abrirse, pero que se cerraría después, a la espalda del que la lograse atravesar, como un cepo de muerte.
- Deseo ver al Camarada Latimof. Dile que soy un mensajero de Tupriek y que le traigo informaciones de la máxima importancia.
No pudo explicarse cómo había salvado la distancia que le separaba de aquellos hombres. Su decisión le había hecho atravesar un indudable Rubicón. .
- Espera un momento, camarada.
El tiempo que transcurrió hasta que el hombre reapareció, fue para Taylor una especie de profunda tortura provocada por el temor de que su verdadera personalidad fuese descubierta. El recuerdo de lo que le ocurrió la primera vez que entró en aquel edificio le amargaba aquellos momentos de espera.
Por último, el miembro de la guardia volvió la surgir detrás de la puerta que se abría silenciosamente.
- Puedes subir, camarada. Están arriba y me he visto obligado a avisarles por el teléfono interior. Me han dicho que entres en el gabinete de Geografía y que esperes.
- Esta bien -repuso Leo.
El otro se hizo a un lado para dejarle pasar. Luego le siguió hasta el final de un lujoso pasillo.
- Es la única puerta que da al primer piso -después, haciendo un gesto con la metralleta que no había dejado ni un solo momento, señaló el muñón que salía por la bocamanga del otro-. ¿Dónde te ocurrió eso, camarada? -preguntó.
- En el frente de Odessa -repuso Taylor sin vacilar.
El otro asintió con la cabeza en un mudo comentario que quería decir

mucho más que cualquier frase banal.
- A tus órdenes -dijo saludando.
Leo ascendió los escalones cubiertos por una gruesa alfombra de color rojo. La temperatura era allí deliciosa, aunque no se veía ni un solo radiador de calefacción.
Una vez en el primer piso, Leo abrió la única puerta, tal y como le había indicado el soldado de la guardia. Un enorme salón apareció ante sus ojos.
Los cuatro muros estaban cubiertos casi totalmente por enormes mapas en relieve maravillosamente realizados; pero, en los cuales se habían alterado las proporciones reales en favor de la URSS. La inmensa extensión de la Unión Soviética, con los países satélites englobados, parecía así dominar con su grandiosidad el resto del mundo, representado a escala reducida.
En los rincones de la estancia, elegantes panoplias estaban cargadas de armas de las más lejanas regiones: sables curvos de los pueblos que habitaban las cercanías de China, puñales tártaros, espadas uzbegas, escudos de piel que recordaban los que llevaban las hordas de Gengis K'han...
Cansado de observar todo, Taylor se dedicó a tomar tranquilamente asiento. Intentaba, por todos los medios, escapar a la impaciencia que le dominaba por momentos.
Inopinadamente, el griterío de una acalorada discusión estalló en la habitación de al lado. A través de la única y enorme puerta, de dos hojas, que se veía al fondo de la estancia, las palabras llegaban claramente a los oídos del americano.
- ¡Ya estoy harto! -era la voz silbante de Latimof-. ¡Hasta ahora he resistido tu asquerosa presencia! Pero no creas que ha sido por otra cosa que la de llegar a poseer las riendas del poder... ¡A partir de este momento, seré el dueño de Rusia!.
Una voz chillona, histérica y tremendamente extraña sonó entonces:
- ¡No lograrás tus propósitos, Sba! Yo soy el jefe del Gobierno y todos seguirán obedeciéndome como hasta ahora. Sin embargo, deseo darte una oportunidad de seguir a mi lado; ya sabes que siento por ti una especial preferencia. Junto a mi harás lo que quieras, lo que se te antoje, ¿entiendes?
- ¡No te creas tan fuerte...! Gracias a mi, América será destruida. En estos momentos los bombarderos atómicos que he enviado contra los Estados Unidos estarán convirtiendo sus ciudades en polvo...
Hubo una pausa en la que el silencio se hizo profundamente trágico. Tayior no se atrevía a hacer el menor movimiento. Como fascinado, miraba la puerta tras la que se estaba urdiendo, lo presentía, una tragedia histórica.
- ¡No quiero soportarte más...! ¡Me das asco...! ¡Asco! -la voz de Sba

tronaba violentamente-. ¿Crees que no te he soportado bastante? ¡Año tras año he tenido que resistir las náuseas que sentía cada vez que me llamabas...! ¡Si no hubiera sido porque deseaba ardientemente el poder, te hubiera escupido a la cara el primer día que te vi!
El acento de las palabras que siguieron tenían un cierto tono suplicante.
- ¡No me digas eso, Sbistza[2] ! ¡Tú ya sabes que yo no ansío poder alguno! Soy débil e incapaz de realizar nada que no sea delicado. Ya me conoces lo suficiente para...
Una frenética carcajada le interrumpió.
- ¿Si te conozco? -la risa le impedía hablar-. ¡Claro que te conozco! Tu debilidad es aparente... Ante tu orgullo y tu deseo, nada es capaz de detenerte. Y, sobre todo, ante tu envidia. ¡Tu envidia ante todo lo que es hermoso, bello,atractivo! Tu asqueroso cuerpo grasiento pesa sobre ti como una maldición. Por eso has mandado quitar los espejos del Kremlin, del palacio de verano de Sebastopol y de este rascacielos de Gorki. A donde vas, deseas que tu repugnante figura no sea reproducida más que por las pupilas de los que sólo se atreven a sonreirte hipócritamente. ¿Qué hiciste con Pamof, con Iveneski, con Rutiac, con Semorov y todos tus preferidos que me precedieron? Cuando no pudieron resistirte mas, cuando el solo pensar en ti les producía vómitos y, naturalmente, te lo dijeron, les hiciste sacar los ojos. ¡Sus ojos que se habían convertido en fieles espejos para tu monstruosa fealdad!
- ¡Basta! ¡Basta! ¡Voy a llamar a la guardia y tú acabaras como ellos!
- ¡No! Yo no acabaré como ellos. Mis ojos servirán para verte morir y luego para contemplar a Rusia bajo mis pies. ¡Estoy armado! Hasta ahora no permitías arma alguna aquí, pero yo me he apoderado de uno de los puñales de la panoplia del Cáucaso...!
Automáticamente los ojos de Taylor recorrieron velozmente las panoplias. En efecto, sobre una de ellas faltaba algo. El color de raso rojo dejaba ver la imagen del arma ausente.
- ¡No, no me mates, Sbistza...! ¡Te daré todo! ¡Te haré el dueño de Rusia para toda la vi...!
Un alarido infrahumano corto aquellas palabras angustiosas.
Leo se puso en pie de un salto. Sin saber exactamente por qué, su corazón empezó a latir precipitadamente. Toda su confusión mental no duró más que una corta fracción de tiempo.
Inmediatamente después, sin duda alguna en su espíritu, se apoderó de un curvo sable que le había llamado la atención desde el primer instante. Luego, con pasos decididos, se acercó a la puerta mientras mantenía el arma bajo su brazo izquierdo, movió el abridor procurando hacer el menor ruido. En el interior, el silencio había caído como una pesada losa de plomo.

La puerta giró sobre sus goznes silenciosamente. De un salto felino, Leo, después de haber empuñado el sable con su mano derecha, penetró en el interior.
Debió hacer algún ruido, porque Sba, que estaba de espaldas, se volvió como un rayo. Su mano izquierda empuñaba un largo puñal curvo, cuya hoja estaba intensamente teñida de sangre.
- ¿Quién eres?
- Un enviado de Tupriek.
Aquello pareció serenar un tanto a Latimof. Sin embargo, sus ojos no se separaban del sable que empuñaba Leo.
- ¿Por qué has entrado aquí... armado?
- He oído todo.
Sba se volvió, un corto instante, como si quisiese señalar lo que había tras él.
- Le he matado -dijo con voz apagada; luego, con un extraño brillo en la mirada-: ¡Yo soy ahora el dueño de Rusia!
Taylor creyó llegado el momento de poner las cartas boca arriba.
- ¡Vengo a matarte, Latimof!
El otro se estremeció. Después, serenándose merced a un gran esfuerzo:
- ¿Son las órdenes que te dio Tupriek?
- A Tupriek y a toda la banda de asesinos que mandaste a Groenlandia los mate yo. Tu "Invasión de los Hielos" ha fracasado, Sba. ¡Éste es el final!
Los párpados del otro batieron velozmente. El color de la piel de su rostro estaba adquiriendo un sucio color ceniza.
- ¿Quién diablos eres? -inquirió, con voz que ahogaba el terror.
- Leo Taylor, del "S.S.U.S.A.”.
- ¡Perro "yankee"!
Se lanzó tan velozmente Sobre el americano que éste escapó de puro milagro. Gracias a un rápido quite, logró moverse hacia un lado. Al mismo tiempo, la afilada hoja del sable describió una curva ascendente e, instantes después, se hundía profundamente en el cráneo del ruso.
Sba Latimof empezó a emitir un rugido que se ahogó en su garganta. Seguidamente, mientras su rostro se cubría con la sangre que brotaba a borbotones de la enorme brecha, se desplomó pesadamente sobre la alfombra que cubría el suelo.
Taylor respiraba fatigosamente, mas por la intensa excitación de aquellos momentos que por la fatiga, puesto que la lucha había sido tan breve como terrible.
Pasando sobre el cuerpo de Sba, se adelantó hasta acercarse al lado del inmenso lecho que ocupaba la parte mas profunda de la habitación. Fue entonces cuando vio caído el cuerpo de Ivanssow.

Una sensación de repugnancia se apoderó de él, de forma tan violenta que le hizo estremecer.
Aquel grasoso cuerpo, ahora medio desnudo, con la rojiza mancha de sangre que seguía manando de la herida, le causó una honda emoción y una sorpresa sin igual.
¡Nunca hubiera podido adivinar el horrible secreto que encerraba el dictador de todas las Rusias!
¡Porque aquel cuerpo, obeso, repugnante, macizo y monstruoso... PERTENECÍA A UNA MUJER!

EPÍLOGO

En el aparato de radio que tronaba sobre aquel salón, profusamente iluminado, las doce campanadas sonaron lentamente...
¡El año 1980 acababa de finalizar!
Durante algunos minutos, los estallidos que producían al abrirse las botellas de "champagne" acompañados por los alborozados gritos de los presentes dominaron y cortaron las palabras que estaba pronunciando el Secretario de Estado. Cuando la baraúnda jocosa se termino, Laurence volvió a tomar la palabra.
- Ha sido un verdadero placer el reunir en este fin de año a todas aquellas personas que han luchado por el bien de todos. Algunos de ustedes me eran completamente desconocidos; pero los avatares de los últimos meses nos han hecho aumentar el pequeño grupo que éramos antes de una manera que no puede dejar de ser satisfactoria. Han quedado muchos hilos sueltos y considero necesario, ahora que todo acabó con un rotundo triunfo, explicar algunas cosas cuyo misterioso origen nos hizo temblar de pavor.
Todos los presentes guardaban un completo silencio. Jane, que había sido salvada, junto al doctor Duplessy, por un aviador norteamericano que encontró también al padre de la muchacha en un lastimoso estado, estaba sentada junto a Leo. En los dedos anulares de ambos lucía ya un dorado anillo que les había unido para siempre.
- Los rusos -empezó a explicar Laurence- obraron de una manera que demostraba el alcance de sus medios modernos para hacer una guerra sin perder ni un solo soldado. Mientras las naciones occidentales, por el mismo defecto que siempre han tenido, dudaban de las ideas guerreras del Kremlin, creyendo que los soviets no se atreverían jamás a lanzarse a una horrible guerra atómica, nuestros enemigos de siempre habían ido preparando un procedimiento con el que conseguirían una rápida y limpia victoria. Nadie podía suponer que la guerra se disfrazase de fenómeno natural. -Hizo una pausa-. Pero, a pesar de todo, los países de este lado del "Telón de acero" han estado

cometiendo error sobre error, ya que en 1954 se oyeron rumores de que si los rusos llevaban a efecto la perforación atómica de los montes Urales, Europa sufriría una modificación completa de su régimen de climas. Pero, por si fuera poco, nosotros los americanos poseíamos un extenso archivo de las modificaciones climatológicas que estaban produciendo en el mundo los ensayos de las armas nucleares... ¡Y eso es lo fantástico! Estábamos enterados de las posibilidades de nuestras armas, habíamos estudiado centenares de miles de informes de todas clases, pero, para no faltar a la costumbre, continuamos adormeciéndonos en una estúpida confianza que tenía que sernos, mas pronto o más tarde, decididamente fatal.
Taylor asentía con la cabeza.
- Los estrategas rusos, al lanzar una mirada sobre el mapa del mundo, clavaron sus ojos en un verdadero "depósito de frío", que era como una ventana cerrada sobre Europa y América, que al abrirse... Me refiero a Groenlandia. Una inmensa nevera de dos millones ciento setenta y cinco mil kilómetros cuadrados. Cuesta imaginarse una tan enorme extensión que alcanza, en muchos de sus puntos, cerca de tres kilómetros de profundidad en hielo. ¡Allí tenían los rusos el ejército más formidable que ningún Napoleón se hubiese jamás atrevido a soñar! Un ejército de blancos soldados que no necesitaban más que una fuerza que los pusiera en movimiento. -Una sonrisa irónica apareció en sus labios-. Y, mientras tanto, nosotros nos gastábamos cientos de miles de millones de dólares, aniquilábamos nuestra economía, producíamos roces y conflictos interiores en nuestros países amigos, en los que las minorías extremistas nos acusaban de forjar la tercera Guerra Mundial.
"Rusia, buscando una manera de justificar su agresión, envió una escuadrilla sobre territorio japonés, sabiendo de antemano que no podíamos dejar pasar aquel acto, ya que estábamos cansados de que nos derribasen aviones en las cercanías de sus aguas territoriales. Fue entonces cuando un grupo de especialistas rusos, que fueron luego asesinados cuando ya no servían para nada, se instalaron en un punto neurálgico de Groenlandia e hicieron estallar un poderoso explosivo, que poseía ciertas particularidades especiales y que recibió el nombre de "fosforohidrogenol".

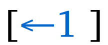
"¡LA INVASIÓN DE LOS HIELOS!" Nunca pudieron soñar un triunfo más rotundo que hizo desaparecer a la mitad de Europa que se convirtió en una gigantesca tundra helada. El triunfo soviético fue completo. Nadie podía decir que aquello era la guerra... porque sencillamente nadie lo sabía. Nos creímos que se trataba de una catástrofe natural que, por desgracia, había caído sobre nosotros. Pero cuando los hielos se dirigieron, contra toda posibilidad de hacerlo,

hacia las costas de América, guiados por una radiación especial emitida desde un submarino ruso que les impedía ser arrastrados por la corriente del "Gulf-Stream”, nos sorprendimos, casi demasiado tarde, de que todo aquello no era ningún fenómeno natural. Veinte mil soldados americanos perecieron en la costosa operación que libró a América de convertirse en otra helada Europa.
"Pero, contra toda lógica, seguíamos creyendo en algo raro y no nos atrevíamos a lanzarnos definitivamente contra nuestro astuto enemigo. Un hombre, el avíador Héctor Bendix, muerto después en acto de servicio y galardonado con la Medalla del Congreso, a título póstumo, fue el que nos comunicó una noticia que disolvía completamente todas nuestras dudas.
"Los rusos, utilizando unos rayos térmicos potentes, estaban disolviendo la nieve que había caído sobre Europa y conquistando, ¡sin una sola baja!, todo el territorio europeo que tanto esfuerzo nos había costado armar y que tantas lágrimas nos había costado abandonar.
"¡Por fin nos decidimos a obrar! Toda la santa paciencia occidental, de la que se habían reído largamente nuestros enemigos, se acabó definitivamente. Nuestras escuadrillas de bombardeo atómico redujeron a polvo las ciudades y los centros industriales del enemigo. Éste intentó imitarnos y fracasó rotundamente.
"Todo esto lo habéis sentido y vivido mucho mejor que yo. Pero me complace de haberlo repetido, en el albor de este año de 1981, en el que se inaugura una paz en la que colocamos toda nuestra esperanza, después de dar gracias al Altísimo por habérnosla concedido.
Una estruendosa ovación siguió a las palabras del Secretario de Estado. Para todos aquellos hombres y mujeres que lo habían escuchado, sus palabras eran como un bálsamo que les consolase de las heridas que acababan de sufrir. Para aquellos otros que lo escuchaban, desde las cinco partes del mundo, constituía una justificación histórica que rompiese el terrible dolor de los que habían caído para no levantarse jamás.
Abandonando el salón, Jane y Leo, cogidos de la mano, salieron a la florida terraza en cuya balaustrada se apoyaron.
Por encima de ellos, los mundos lejanos flotaban en la inconmovible oscuridad del espacio.
- Cuando miro hacia Oriente -dijo él-, recuerdo mi huida a través de una Rusia moribunda, cruelmente castigada por cerca de un siglo de horrible despotismo y cuyas heridas tardarán mucho en cerrarse. Toda la esperanza de los hombres libres ha de estar ahora enfocada en el resurgimiento de aquella pobre tierra rusa hasta que los seres que la habitan vuelvan a encontrar un sabor amable en la vida y, al fin, sonrían.

Jane le miraba con admiración. Luego, hábilmente, le hizo girar, separando la mirada de Taylor del cielo estrellado, hasta que sus ojos se encontraron con los de su esposo.
Luego, mientras sus labios se unían en un prolongado beso, Jane sintió un estremecimiento.
Pero, en aquel momento, ninguna otra "Invasión de Hielos" le amenazaba.

FIN

Notas



"Secret Service of the United States of America": Servicio Secreto de los Estados Unidos de América.

[←2]
Diminutivo de Sba.